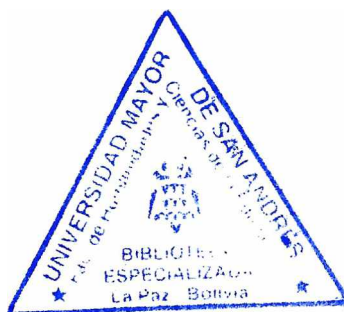


UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA DE LITERATURA

TESIS DE LICENCIATURA
"SI AÚN QUEDA LLANTO EN TUS OJOS"
"SOBRE AJAYUS"

POSTULANTE: ANA MARÍA GRISI REYES-ORTIZ
TUTOR: DR. JUAN CARLOS ORIHUELA



LA PAZ — BOLIVIA

2008

K. 86043

CB. HUM17 002439

Tesis
2439
1

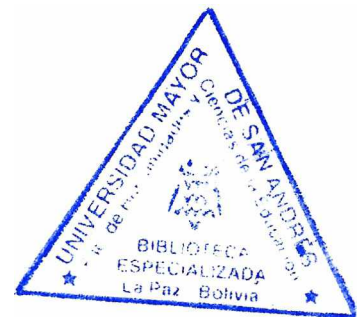
Dedicatoria: A mis padres, dueños de todas las pasiones.

Agradecimientos:

A Santiago, Alejandro y Mario Julián por su paciencia, amor e incondicional apoyo.

A Amparo Morales, Erika San Román, Rose Marie Sandoval, Soraya Luján, Bruno Giussani, Elías Clavijo, Rolando Costa, Sergio Claros, Oscar García, Jorge Rivera y Leonardo García P. por sus valiosísimos aportes.

A Juan Carlos Orihuela, Raquel Montenegro, Marcelo Villena y Guillermo Mariaca por sus invalorable enseñanzas.



Índice

Dedicatoria	2
Agradecimientos	 3
Índice	4

ENSAYO

SOBRE AJAYUS	6
---------------------------	----------

La (tinta) china (supay) en busca de su ajayu

Buscando

Nos viene el delirio

En la punta de los dedos, la memoria de la espalda

Parto desde mi propio cuerpo femenino, es el parto, la frontera de vida

No hay cómo detener la humedad

Bailaremos mejor, pues

Baile

Escribiendo y bailando

Tinta tinta

La casa nuestra

La tinta (china) encontrando su (supay) ajayu: plegaria de cierre

Apostilla 29

Bibliografía 32

OBRA CREATIVA

SI AÚN QUEDA LLANTO EN TUS OJOS	36
Godiamo, beviamo	38
China Supay	39
La sal es un olor	46
Todos los jóvenes	47
El tiempo	53
El problema	54
Intihuatana	59
Tinku	61
La novia	69
También ahora la culpa la tienes tú	70
Quimba	72
Vox Dei	78
Emilia	79
Agua	80
Bolero	82
Lágrimas para mis ojos	83
Anoche	90
Sólo Dios se acordará	91
Esta mañana	97
A fiero Poseidón nunca temas	98
Final	106

SOBRE AJAYUS

"...lo cual depende de la
fusión de un mirar con otro
mirar
— y eso se llama fortuna".

(Jaime Sáenz. "El Frío").

La (tinta) china (supay) en busca de su ajayu

Devuélveme mi ajayu, Señor. Haz que el ladrón de la Cancha que ha dejado su uña en mi cuello se tropiece, abra su mano y escape mi ajayu. Estaba escondido en la bolivianita, acurrucado y colgando feliz de mi cadena mientras lo paseaba de ojos abiertos por la ciudad. Virgencita, haz que por lo menos de amartelo vuelva, así me devuelve a mí misma. Por la misma cicatriz que me ha dejado se puede entrar, ahí está, clarita, entre el cuello y mi corazón. Yo lo voy a esperar porque desde ese día ando llorando y llorando sin consuelo. También puede entrar por mis ojos, entonces segurito que ya no voy a llorar. Hace tiempo que ando buscándolo, ¿será que me busca también o se habrá ido nomás? Ya no sé. Sólo quiero encontrar a mi ajayu. En vano en la noche, sacudiendo mi saco blanco lo he llamado, en vano ha sido. Ya no soy guagua, sólo los ajayus de las guaguas vuelven cuando se los llama con un pañalito. Yo ya soy grande y ya no me hace caso. Esta noche igual voy a subir a la terraza y voy a gritarle agarrada de mi cadena. Le voy a prometer que no voy a dejarme ir nunca más y que nunca más voy a usar un pendiente de bolivianita. Aunque sea oblígalo, aunque sea amarradito, tráemelo.

Buscando

Buscar el ajayu no es algo así nomás, sobre todo si se lo trata de encontrar en la escritura. Y es en verdad una búsqueda que nos quita el aliento desde nuestros ancestros desconocidos hasta un ahora que nos desfigura y desconcierta. Buscar es encontrar un ajayu que quepa en nosotros, que no rebalse ni falte, que todos los espacios estén cubiertos. Este ajayu, es el que tiene dos caras, dos lados en el mismo lado, un anverso y un reverso conviviendo, un alma (femenina) o un espíritu (masculino). Ambos extremos unidos formando un tercero que es los dos a la vez. Buscar el ajayu es reconocer que este es el ajayu de nuestra escritura que sale de los cielos y los infiernos, que baila con lo santo y lo diabólico dentro de un cuerpo nuevo, ese que va a estar escrito. Un cuerpo que deambula sin alma y que nos invade de certezas, certezas guardadas y almacenadas que quieren y esperan ser encontradas.

Cuántos ajayus hemos encontrado deambulando los libros, cuántos serán y dónde los habremos metido. Dónde viven y desde dónde nos acribillan con sus gritos de socorro o de fiesta o de alegría o de tristezas. En algún sitio estarán esperando que activemos un dispositivo que haga estallar nuestros sentidos. Es decir, cada uno siente en su piel lo que sus ojos miran, lo que sus ojos deletrean y paladean sin parar, lo que su cuerpo baila, transpira, se disfraza. Hay cosas que nos afectan más que otras y la magia está en saber transformarlas y en saber reconocer que el ajayu nuestro de todos los días no viene de sopetón, sino gota a gota y de baile en baile.

Si de pronto nos conmueve la piel amarilla de un amante o nos corremos con una mano en vagina ajena; si *Las memorias de Lulú* nos interrogan hasta buscar desesperadamente el canal Venus en la televisión por cable o nos conformamos con *Romeo y Julieta* y la queja de un amor imposible; si cada vez que un culebrón venezolano, colombiano o mexicano nos saca de nuestra cotidianidad y nos mete en otra codiciada; si cuando nos inventamos nuevos pasos para un baile y nos tropezamos en los pies del otro; si cuando un aparapita, ese ser extraño y mitificado en las letras paceñas, se transforma en un deseo también extraño de vivir de bodega en bodega y nos confundimos y nos refugiamos en un mundo tan confuso como el de *Lol von Stein*; si así, de ficción en ficción, de búsqueda en búsqueda nos encontramos sin ajayu de tantos ajayus encontrados, así nuestra escritura se va grabando a golpe de fuego. No terminamos de encontrar, no terminamos de buscar. Es un retorno cíclico a nuestra memoria, a la de afuera y a la que nos convoca desde nuestras entrañas.

Si hay deseos que no podemos satisfacer porque sólo los clasificamos en la gaveta de "deseos"; si cuando escuchamos viejas canciones de la Nueva Trova Cubana y nos ponemos a tararear "todo lo que se te extraña"; si cada vez que miramos al Illimani nos derretimos en sus nieves al pie de nosotros mismos; si de pronto una película americana, de esas que se olvidan junto con la palabra fin, nos ha dejado todo el día con la absurda sensación de vivir en un planeta de otra galaxia; si cuando leemos *Cantango por dentro*, nos sentimos culpables de la risa; si necesitamos encontrar tragedia en nuestras letras porque eso nos hace más sufridos y menos observables; si le

hablamos a nuestro fantasma y le solicitamos agua cuando sabemos que no contamos más que con el agua que chorrea por nuestro sexo; si vemos ante nuestros ojos un minero desesperado inmolarse con un dinamitazo y los pedazos de su cuerpo bailando en el aire una diablada junto al tío de la mina, nos enceguece la locura, la tentación de lanzarnos al abismo, de llenar el cuerpo de adrenalina. Transpiramos de sólo imaginarnos danzantes entre las palabras.

Nos viene el delirio

El goteo se hace ansiedad de mares y profundidades, nuestro ajayu viene y se va, se queda y desaparece.

Así empezamos a gritar en la terraza más cercana. Nos desgarramos, nos dolemos. Necesitamos bajar hasta los infiernos para reírnos de nosotros mismos en el paraíso. Pero allí estamos, queriendo encontrar en el fondo o en la superficie de nosotros el reconocimiento del delirio. Queremos ser dos pieles, muchas pieles. Queremos desangrarnos y quitarnos de una vez la sangre del mes a mes. Queremos además ser falo y vagina para procrearnos a nosotros mismos. Queremos lo que racionalmente nos conduciría a un ser anormal, monstruoso, inexistente. Queremos emocionalmente transformarnos hasta fundirnos en un todo que nos desate el delirio reprimido.

Deseamos en ese preciso instante cambiar de sexo, para apropiarnos de todos los olores y encerrarlos en nuestros ojos. Queremos adueñarnos de todos los sabores cocinando el cuerpo después de alimentarlo y almorzarlo en un día de tormenta y sol. Nos decimos:

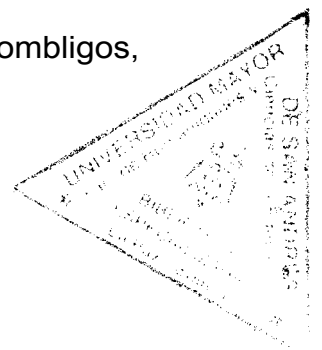
Quiero ser hombre para apropiarme de lo que nunca podré, de tus orgasmos de miel, de canasta, de serpiente, de luna, de isla, de planeta, de montaña y hacer que los dos nos hundamos en la ciénaga de tu vientre y descubramos que el mal que nos corroe no es más grande en ti que en mí.

Quiero ser mujer y con un corte certero arrancarte la entraña y triturarla entre mis dientes. Tus ojos van a mirar sólo mis manos y mis pies de adentro hacia fuera. Vamos por fin a ser uno solo, vamos por fin a caminar y buscar juntos nuestro ajayu.

¿Dónde estará ese ajayu? Seguramente quemándose en el averno o retozando en las nubes. Lo cierto es que la inmersión de cuerpo entero en ambos parajes es dura y a la vez dudosa. ¿Qué ajayu vamos a encontrar con un cuerpo vacío o tan lleno de todo? ¿Cómo vamos a llenar nuestros brazos, piernas, dedos, ojos, llantos, alegrías, odios, deseos y contradicciones? ¿Dónde estamos?

Buscar el ajayu es también el vértigo de reconocerse abismo. Abismo que nace en la boca del estómago, cruza nuestra piel como latigazos. Nos perfora el deseo por todos los poros, por cada uno de ellos, lentamente.

Abismo insaciable, sin fin, círculo eterno de fuego. Lanzarse sin alas es el absoluto delirio, es el vértigo que cosquillea en nuestras entrañas, es la caída sin fin, es el deseo de llegar, de descansar. Pero no se descansa, no se termina, no se llega. Es el infierno del cada vez más y más. El abismo nos ahoga, nos resucita, nos invade, nos aplasta y nos levanta, nos ilumina y nos enseguece. El ajayu en nuestro cuerpo, desde nuestro cuerpo, escribiendo, danzante y sediento. Es la sed insaciable, sed de admitir que somos dos formas, dos cuerpos, dos intenciones, dos caras, dos lunas, dos ombligos, dos vértigos, dos abismos. Dos.



En la punta de los dedos, la memoria de la espalda

Necesitamos reinventarnos, pero no desde la nada, sino desde la memoria de nuestro cuerpo, ese dios/demonio que olvidamos y nos hacen olvidar. Desde allí y para adelante sentimos lo que es esa frontera, esa línea que nos parte y que chorrea de deseo. Un intersticio que nos aprieta y nos presiona, que no nos deja respirar. Qué mejor que reinventar la rajadura para exorcizar nuestro cuerpo y sentirnos en casa.

Reconocer y reencontrar nuestro propio cuerpo andrógino, intersticio, lugar de en medio. Lugar donde soñamos que estamos en dos lugares a la vez. Una frontera donde se circula libre y apretadamente y desde donde podemos ver ambos lados, desde donde podemos viajar al lugar que mejor nos parezca y apropiarnos de lo que más nos acerque, de lo que pensamos voluntaria e involuntariamente que es parte de nuestro ajayu perdido, de

nuestro cuerpo reinventado escrito en las paredes, en los muros que aprisionan ciudades.

Parto desde mi propio cuerpo femenino, es el parto, la frontera de vida

"La sobrevivencia —dice equivocadamente Sonia Saldívar¹— "es vivir sin fronteras y ser una encrucijada", pero en verdad el saberse frontera es saberse libre, ancha, abierta y vivir en ambos lados y en todos a la vez. Si las fronteras son las que nos encierran tenemos que hacer de ellas el lugar de nuestro caminar, de nuestro correr, reír y llorar para poder bailar en libertad. Los dos mundos y la mirada clara de lo que es vivir en el entre lugar.

Ser y estar en la frontera. Períodos de confusión, de dolor, de contracciones y de parto. **El** aprendizaje de sangre en la planta de los pies, en el cuerpo que se parte para dar a luz. El canal ancho y profundo que se desgarrar para lanzar al mundo un nuevo ser, un danzante.

El nuevo ajayu nos sorprende con el primer gemido de vida, de oxígeno en los pulmones. Bailan sus brazos que aletean buscando apoyo para el equilibrio; bailan sus ojos que sólo ven sombras luego de haber tenido la luz interior del vientre; los pies patean ensayando zapateos. La frontera de la vida y la vida se presenta con un llanto incontenible. El ajayu es uno para el recién nacido, no hay diferencia de sexo, sólo los genitales. El mal de la muerte empieza también su danza. El nacido, **el** gemelo.

¹ Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera, The New Mestiza*, segunda edición, Aunt Lute Books, San Francisco, 1999. Introducción de Sonia Saldívar. Pág. 12.

Las fronteras, las diferencias de sexo, las diferencia de espejo nos confunden y nos abisman. Comemos nuestros dos lados digiriendo dos en uno. Somos mellizos conviviendo en un mismo cuerpo.

El cuarto mundo, de Diamela Eltit², es una novela de cuerpo, de los cuerpos. Es una masa uniforme de carnalidad desde dos puntos de vista (el de él y el de su melliza) que al final es uno solo. Él es concebido en una noche de fiebre y su hermana en la recaída. Él siente todo lo que siente su madre. Palpa su cuerpo desde adentro, empieza su concepción femenina dentro de su propio cuerpo masculino. La madre se acerca al padre porque se siente enferma, está afiebrada y él confunde este ardor con el de la pasión. No hay nada de eso, la madre quiere cuidado y se ve obligada a secundar el capricho del esposo. Así es concebido. Los terrores femeninos de la madre son soñados por los dos, por el embrión y por ella, que son lo mismo. *Sufrió la terrible acometida de los terrores femeninos*³.

En el terror del padre de ver a la madre afiebrada es concebida la hermana melliza. Los sueños no son esta vez terroríficos, ahora son de fuego y lava. Un otro ser, un otro cuerpo se aproxima al primero.

El color rojo de la lava me causó espanto y, a la vez,
me llenó de júbilo como ante una gloriosa ceremonia⁴.

La intromisión resulta insoportable, el otro cuerpo va apropiándose, va tomando para sí el espacio. Pero él ejerce la dimensión de pensar y de leer

² Diamela Eltit, *El cuarto mundo*, Seix Barral, Chile 1996.

³ Ob. Cit. Pág. 12.

⁴ Ob. Cit. Pág. 13.

el pensamiento de su madre plagado de fantasía. Su hermana tiene una agresiva fragilidad que no le permite acercarse a ella para consolarla. Tienen miedo los dos del mundo de luz de afuera. Él, el primero, el que tiene que tomar la delantera al nacer, nace un día después. El instinto de sobrevivencia de ella lo jala y sale primero.

Así, en esa constante del tira y afloje, los dos cuerpos se van imbricando, se van volviendo una sola sensación. En la adolescencia, el placer del muchacho debe ser conocido por ella, ella debe sufrir también esa desacralización del cuerpo de su hermano. Su imposibilidad de acercamiento la lleva a la enfermedad. Por otra parte, el sangrado menstrual de ella causa rechazo en él porque no entiende, porque de alguna manera quisiera él también sangrar. Ambos son un sólo cuerpo que se niega y lucha por una autonomía. Al final la intermediación de la otra hermana, la menor, la que no es parte de ellos, es determinante.

En la segunda parte, cuando es la voz de ella la que cuenta, el hermano ha terminado su mutación, ahora es ella, María Chipia.

Mi hermano mellizo adoptó el nombre de María Chipia y se travistió en virgen. Como una virgen me anunció la escena del parto. Me la anunció. Me la anunció. La proclamó⁵.

El descubrimiento de la pasión infinita de ambos enloquece sus sentidos, abre heridas cerradas, cierra otras, sanan definitivamente al saber que son una sola carne.

Ob. Cit Pág. 109.

Por fin se encuentran las zonas más tormentosas de nuestros cuerpos, en medio de un escindido temblor genital. El canto paraliza por algunas horas el desprecio hacia nuestra raza .

El cuerpo, la pasión, el descubrimiento de sentirse andróginos tiene como final el aislamiento y el lugar intermedio. Un nuevo ser, un nuevo ajayu, una nueva frontera, un cuerpo que es dos cuerpos.

En *Orlando*, de Virginia Wolf⁷, un hombre que escribe su biografía, intenta contar su mirada a través de lo que le sucede en su cuerpo de hombre y en lo que los otros miran de él. En un momento mágico, sin tiempo, de locura y de convulsión, se convierte en mujer que escribe su biografía, que intenta contar su mirada a través de lo que le sucede en su cuerpo de mujer y en lo que los otros miran de ella. Virginia Wolf nos inicia en el camino de búsqueda. Orlando cuenta no sólo su vida en dos cuerpos diferentes, sino los amores de madera, de lona y de ceniza que atraviesan la novela. Pero sobre todo, un afán de "meternos" en dos cuerpos diferentes y en la forma de escribirlos y dialogarlos. La tarea es grande y nada era demasiado pequeño para ese diálogo, nada demasiado grande[^]. Las frases no se concluyen porque hay la duda de cuál es la mejor conclusión⁹ y evidentemente, no se llega a una conclusión, sólo al asombro de haber transcurrido en dos cuerpos diferentes, o mejor dicho, en dos ajayus diferentes.

(Orlando) debemos confesarlo: era una mujer. (...)
El cambio de sexo modificaba su porvenir, no su identidad .

⁶ Ob. Cit. Pág. 126.

Virginia Wolf, *Orlando*, Hermes Sudamericana, Buenos Aires, 1968.

Ob. Cit. Pág. 31.

⁹ Ob. Cit. Pág. 32.

^{^^} Ob. Cit. Pág. 90.

Así como los paisajes son un invento, un imaginario, necesitamos además una nueva lengua. En este paisaje de dos géneros necesitamos una escritura de ajayu, de cuerpo y alma andrógina, pero *Orlando no se inmutó*".

Un ser que es dos no debe inmutarse, debe crearse en todas sus actitudes y pasiones en un nuevo lenguaje. Pero antes debe asombrarse, debe reconocer los pasos para el baile. *¿Por qué no decir lo que uno quiere, sin una palabra más?*¹² Así tal vez debería ser.

Un hombre que es mujer de pronto y tiene que usar faldas largas que le incomodan y que debe aprender los juegos "femeninos", necesita una nueva forma de ser combinando los ajayus:

Nada es más delicioso que resistir y ceder (...)
¿Deberé resignarme a respetar la opinión del sexo contrario?
Era varón, era mujer, sabía los secretos, compartía las flaquezas de los dos. Era un estado de alma vertiginoso¹³.

Ser mujer es engrillar el cuerpo, eso dice Orlando. Las faldas lo atorán, las formas lo ahogan y la soledad es asunto nuevo. Y así,

no hay ser humano que no oscile de un sexo a otro, y a menudo sólo los trajes siguen siendo varones o mujeres, mientras que el sexo oculto es lo contrario del que está a la vista".

Ob. Cit. Pág. 91.

¹² Ob. Cit. Pág. 67.

Ob. Cit. Pág. 103.

¹⁴ Ob. Cit. Pág. 123.

Entonces volvamos de donde vinimos, al lodo, a la tierra mojada, árida, fecunda, a la Pachamama que es un ser andrógino, es hombre, mujer y síntesis de la tierra. Desde allí venimos.

No hay cómo detener la humedad

El diablo se esconde en el espejo. Tanto hombres como mujeres nos miramos con una imagen deforme, una imagen de uno para otro. No hay nada que hacerle. Así ha sido siempre. Así nos hemos mirado a nosotros mismos, siempre a través del otro. Es el infierno:

(...) si no, habría dos sexos en el espíritu correspondientes a los dos en el cuerpo, y si no, sería preciso juntarlos para lograr completa satisfacción y felicidad .

Pero así de fácil no es tampoco la cosa. No sólo los caminos que van al cielo son difíciles, los caminos al infierno son también tortuosos.

Julia Kristeva¹⁵ nos dice que lo andrógino es un tercer género. *Cada uno busca la parte de la que fue desprovisto*". El andrógino es unisexual, en sí mismo es dos. Y es más contundente:

El andrógino no ama, se mira en otro andrógino y no se ve más que a sí mismo, redondeado, sin defecto, sin otro. Fusión en sí mismo, no quiere ni siquiera fusionarse: se fascina con su propia imagen. Absorción de lo femenino en el hombre, ocultación de lo femenino en la mujer, la androginia le ajusta las cuentas a la femineidad: el andrógino es un falo disfrazado de mujer; ignorando la

¹⁵ Ob. Cit. Pág. 87.

¹⁶ Julia Kristeva, *Historias de amor*, Siglo Veintiuno Editores, México 2000.

¹⁷ Ob. Cit. Pág. 60.

diferencia, es la mascarada más hipócrita de una liquidación de femineidad.¹⁸

Si el camino es la liquidación de la femineidad o el falo disfrazado de mujer, entonces mejor nos disfrazamos, cambiamos trajes, nos ponemos pelucas de China Supay, cascabeles de caporal, máscaras que nos envuelvan en un viaje a la muerte. Cambiemos de piernas que se cruzan en el baile, provocaciones que nos emborrachen hasta caer tumbados en cualquier acera, en cualquier tugurio, en la preste de nuestra escritura. Preste, fiesta, tres días seguidos de baile, bebida, alegría y llanto borracho. La fiesta de nuestra escritura entregada a la Virgen con danzas de polleras multicolores, máscaras de yeso y plata, dioses-diablos y morenos, todos devotos y entregados al baile sin fin. Tres días con sus noches, como tres seres, como uno solo. Nace el danzante.

Bailaremos mejor, pues

Como en la quimba te he de buscar. Me vas a mirar, yo me voy a escapar, tú me vas a querer tocar, yo te voy a rozar y me voy a escapar. ¿Me vas a encontrar? ¿Has creído que me has encontrado? Yaaa.... Ni sonsa que fuera.

¹⁸ Ob. Cit. Pág. 61.

Baile

Hay un juego de influencias recíprocas planteadas en el baile. Ya sea tango, cueca, bailecito, tinku, diablada o salsa y merengue. Las diferentes dualidades, técnicas de combate y ceremonial hacen del baile un coqueteo, una fuga, una provocación y de allí una eclosión, una catarsis, como la que plantea Leiris¹⁹. Catarsis como eclosión, como *búsqueda de una plenitud vital*. Y esta plenitud está empapada de múltiples perspectivas culturales: el baile (tinku, diablada, morenada, cueca, bailecito, etc.) nos puede dar varias formas de ver o múltiples formas de percibir. Un juego de reciprocidades. Como en la quimba, para terminar posiblemente, después del zapateo, de rodillas, vencedor-vencido ante uno mismo. Un juego que haga que el ajayu encuentre su escritura o la escritura su ajayu.

William Rowe²⁰ nos dice que la perspectiva múltiple es una necesidad que surge en el siglo XX porque, a nivel estético, nuevas formas han ido naciendo, además de nuevas necesidades de ver más allá. Una forma de explicarnos y de explicar lo otro, lo que está del otro lado. Todo el mundo cultural y ancestral que nos rodea no puede estar sino presente en nuestros cuerpos. Los bailes, las danzas "típicas", "folclóricas" son o pueden ser como la música en Arguedas o el dolor en Vallejo, elementos que nos cuestionan y nos traspasan. Es decir, la perspectiva múltiple no sólo es necesaria desde el punto de vista estético de interpretación sino también de escritura, porque las cosas que nos hacen posibles son parte de una totalidad: memoria,

¹⁹ Michel Leiris, *Espejo de la tauromaquia*, Ed. Aldus, México, 1998. Pág. 23.

²⁰ William Rowe, *Hacia una práctica radical: ensayos de hermenéutica cultural*, Mosca Azul Editores, Lima, 1996. Pág. 25.

percepciones, sonidos, dolores, cansancios, invenciones, también paisaje, río, mar, montaña, tiempo pasado y presente.

Esta totalidad no puede ser tratada desde un sólo punto de vista. Si la literatura se ha convertido en un campo de batalla donde las diferentes disciplinas arman su estrategia y organizan su "cancha", no se puede pretender que el hilo que hace al tejido, al texto cultural, a la literatura, sea de un mismo color. Hay, de hecho, diferentes bailes que zapatear, abrazar, cimbrear. Desde el interior de una novela, cuento o poesía se disparan hacia fuera los mejores argumentos y desde diferentes atalayas, con diferentes catalejos, se diseñan en su interior nuevas hablas, nuevas semióticas, nuevas complejidades y, cosa increíble, nuevas especificidades. *En la cultura todo afecta a todo: no hay puntos de partida privilegiados*²¹, pero sí hay entradas y es (desde el punto de vista de Rowe) más útil seleccionar un punto de entrada. Este punto de entrada puede ser una práctica cultural específica. El punto de entrada es más que un punto de entrada, es un hilo que cruza el tejido, un tejido que ha sido hecho con hilos que cruzan y se entrecruzan, con tintes y dibujos que hacen de sí mismo algo único y complejo.

La literatura se ha convertido en un campo de batalla donde todas las prácticas culturales pueden converger, entrar y salir más heridas o menos lastimadas. A veces triunfantes, pero las más de las veces dispersas, así son los bailes: conquista, reconquista, coqueteo, pelea o sólo baile enmascarado.

²¹ Ob. Cit. Pág. 28.

Escribiendo y bailando

Pero un juego de baile no es un juego de muerte. No es como enfrentarse a un toro. Es un juego de giros y pasos. Quien zapatea mejor, quien guarda en la memoria sus mejores estrategias de conquista es quien gana o quien pierde. Así, bailamos un texto para hacerlo música, persecución y huida. Huida por dos caminos o por muchos, bifurcar las historias como pasos fuera de coreografía, pero dentro de ella misma, porque un baile es lo que se baila y lo que se transpira. No hay un solo baile, hay "senderos que se bifurcan". Pero para que los senderos se bifurquen necesitamos de un sendero principal a partir del cual podamos vislumbrar los otros. Dos historias o más que subyacen a una historia principal. O, puesto de otra manera, una historia simple: Chejov escribe en su cuaderno de notas: Un hombre gana en un casino un millón, llega a su casa y se suicida. *La anécdota tiende a desvincular la historia del juego y la historia del suicidio*. La tesis primera de Piglia: un cuento cuenta siempre dos historias: *El arte del cuentista consiste en saber cifrar la historia 2 en los intersticios* y cada historia tiene dos sistemas diferentes de causalidad²². Hay una historia y otra que subyace o sugiere. Cada una de ellas se narra de modo distinto siendo los puntos de cruce el verdadero desciframiento y el fundamento de la construcción del cuento.

La primera historia sería la que se puede resumir en una sola línea. La otra, la que está cifrada en la primera sería la historia secreta u oculta y la clave de la forma del cuento. Lo más importante nunca se cuenta, todo queda

²² Ricardo Piglia, *Formas breves*, Anagrama, Barcelona, 2000: "Tesis sobre el cuento". Pág. 106.

sobreentendido, todo es alusión. El cuento se construye para hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto.

Hay cuentos que se esconden otros que aparecen como hay cuerpos que se ocultan y luego se construyen. Necesitamos un cuerpo que nos lleve a reconocer los otros cuerpos, necesitamos bailar en dos cuerpos para escribirnos en uno. Hay dos cuentos en uno, también dos cuerpos.

En la novela de Marguerite Duras, *Los ojos azules, pelo negro*²³, la historia es la de un hombre que paga para mirar dormir o yacer a una mujer (o a un cuerpo) sobre una cama durante varias noches. Ésta sería la historia 1, pero está la otra, o las otras, que son historias que no se cuentan y las que en verdad construyen esta narración: historias de muerte, de odio al otro sexo, de erotismo más allá de los cuerpos, de tristeza, de nostalgia y una historia de amor que se desprende, que se "pelecha" como piel quemada, capa tras capa. Historias de cuerpos al fin y al cabo.

Aunque en esta novela el cuerpo del personaje masculino sugiere mucho, el cuerpo femenino anexa las sensaciones al primero y las historias que se van "anexando" le dan la verdadera forma. No se trata precisamente de poner sobre la mesa dos historias antagónicas como dos cuerpos antagónicos, sino más bien partir de una piel y de otra que cruza, teje y desteje el cuento en sí. El cruce, los puntos en los que un hilo toca al otro serían, como dice Piglia, el cuento mismo.

²³ Marguerite Duras, *Los ojos azules pelo negro*, Tusquets Editores, Barcelona, 1987.

Hay una conexión entre lo telúrico (como un imán que asienta y aquieta), que viene del baile en sí y el vértigo que trae el movimiento (también del baile mismo) hacia lugares límite como la androginia que nos habita, que habita los cuerpos que bailan. Desde el baile, desde la herencia cultural, esa que cifra los cuerpos, se puede descubrir las historias ocultas, las de los cuerpos que habitamos, las de los ajayus que escondemos, o que perdemos. El ajayu masculino o femenino, que salga de los cielos y los infiernos. Lo santo y lo diabólico bailando dentro de un cuerpo bisexual o andrógino porque la androginia es un estado de continuo movimiento, como el baile, como el roce entre la propia piel y la piel del disfraz. Es un afán de "descubrirnos" dos en un mismo cuerpo, de engendrarnos a nosotros mismos.

Tinta roja, tinta negra, tinta azul, tinta verde, tinta multicolor, tinta de mimbre, tinta de lana, tinta de hilo. Tinta de ajayu.

Ajayus de escritura en Adela Zamudio, tinta romántica y escondida. Tiempo lineal, narradores omniscientes y monológicos preocupados por el mundo y su devenir. Escondida y valiente dentro de una *subjetividad femenina sin presencia dominante masculina*²⁴. Nacer hombre, dice Zamudio en su famoso e irónico poema.

Ajayus buscados, tinta roja y negra en María Virginia Estensoro, voz propia, pero aún escondida. No se atreve, no se lanza, todavía sugiere a través de biografías ajenas como en el caso de *Criptograma del escándalo y la rosa*²⁵,

²⁴ Leonardo García Pabón, introducción a *Íntimas* de Adela Zamudio, Plural Editores, La Paz, 1999. Pág. viii.

²⁵ María Virginia Estensoro, *Criptograma del escándalo y la rosa*, Los amigos del Libro, 1996.

donde esta especie de "esquizofrenia femenina", en la que las mujeres dicen y se desdicen con una facilidad impresionante, es absolutamente notoria. Pero lo que en verdad queda claro es que la historia de Lygia Freitas Valle es nada más un pretexto para descifrar el criptograma de una mujer como cualquiera e intentar una escritura que "revele".

Con diferentes matices Lygia y la misma Márgara, ambas personajes, navegan de un lado para el otro, entre el ser y no ser, entre el construirse y des-construirse. Pero este tránsito se cierra, porque entre la ironía y la seriedad queda Estensoro encerrada sin remedio entre esas fronteras de donde no puede salir. Una frontera, además, narrativa, porque, por un lado, está el canon y la subjetividad masculina y, por el otro, el querer inventar una narrativa propia o propiamente femenina. Su proyecto naufraga estrellándose contra los arrecifes. No somos dos, somos un sólo baile de tintas, una sola escritura de baile. Y si bailamos es porque desde lejos nos llaman, desde lejos venimos para habitar cuerpos escritos con música y en absoluto silencio.

Tinta tinta

*En mí el lenguaje es siempre un pretexto para el silencio*²⁶, es también un pretexto para ser otros. Otros cuerpos desconocidos. *Nadie me conoce, yo hablo mi cuerpo*²⁷. Hablar el cuerpo, conocerlo y desconocerlo es una

²⁶ Alejandra Pizamik, *Obras escogidas*, Ed. Hölderin, 1996. Selección y compilación, Gustavo Zuluaga Herrera, "Palabras", Pág. 143.

²⁷ Alejandra Pizamik, *Poesía completa*, Editorial Lumen, Argentina, 2007, "Los Pequeños Cantos", Pág. 379.

resurrección, es sobrevivir como se puede. Tenemos que ir más allá de cualquier zona prohibida y asumir lamentos y alegrías para reconocernos nuevos en un cuerpo nuevo. Inventar o reinventar tal vez el baile de la escritura, la escritura del baile, el ajayu bailando androginias y multiplicidades.

Es un camino que viene como huracán, como maremoto. Viento huracanado como el de Marguerite Duras, cuya percepción propia abre intersticios de sensualidad y erotismo, o como en el baile de Isadora Duncan, un baile propio, libre, masculino y femenino. El erotismo sentido en las plantas de los pies descalzos sobre las ruinas en la Acrópolis griega, la lucha del baile contra la muerte, del erotismo contra la muerte, de la libertad contra los cánones impuestos, todo desde el baile. El baile es un pretexto para el grito.

Vientos que suenan como locura en nuestros oídos, dianas que nos despiertan con sobresalto, lluvias que nos cantan con furia escondida, todos los elementos naturales confabulando contra nuestro cuerpo y nuestros sentidos. Gritamos y nos levantamos rebeldes, queremos callar el ruido, queremos imitarlo y no podemos. Entonces nos ponemos el disfraz y los pies empiezan a moverse bailando con el viento, con la lluvia, con los ríos y los mares. Escribimos pasos con la impotencia hecha baile. Como nuestros bailes que le bailan a la tragedia, debemos bailar este nuevo cuerpo escrito, volverlo maremoto.

Cuando un maremoto se avecina, el mar se retira kilómetros de la costa dejando al descubierto lo que tenía escondido en ese espacio. No hace ruido, se retira lentamente y prepara con fuerza inusitada su arremetida. Dicen que muchas veces el agua cambia de color, de temperatura y de consistencia. Se prepara la embestida brutal que tapa después todo lo que había: casas, árboles, palmeras y se lleva gente, vida, arena, árboles, palmeras; no deja nada y deja mucho. Después viene la calma llena de agua y poco a poco el mar se retira a su posición original. Pero todo ha cambiado. La playa queda habitada por nuevos seres traídos desde el fondo. Las rocas se han movido desde adentro y han cambiado su forma. La arena es ahora otra arena, la del fondo.

Necesitamos reinventarnos, pero no desde la nada, sino desde la memoria, ese dios/demonio que olvidamos cuando nos conviene. Necesitamos construir una casa que nos habite y nos baile, una casa para invitar a nuestro ajayu y convertirlo en cuerpo, en cuerpo escrito, dibujado y bailado. Qué mejor que reinventarnos para exorcizarnos de nosotros mismos, para saber que tal vez no estamos cómodos, pero estamos en casa. Reconocernos andróginos, habitar la nueva casa, con el nuevo ajayu, con la nueva música, con las paredes abiertas a la escritura, blancas e intensas.

La casa nuestra

Nuestra casa es la casa de la música y del baile, allí habita nuestro ajayu, allí los cuerpos se desnudan sin pudor, allí cantamos bajo la ducha, hablamos,



reímos, cantamos, lloramos. En la casa nuestra nos escondemos para escribir historias, para contar historias y luego hacer el amor.

Como Saharazad, para evitar la muerte en manos del rey Sahriyar, bailamos un cuento, escribimos un baile. Inventamos efrits, genios, lámparas mágicas, ajayus, achachilas, cuecas, bailecitos y novelas. Durante mil y una noches nuestra casa es nuestra fiesta.

"¡Por Dios! ¡No la mataré hasta haber oído el resto de la historia!"
Pasaron aquella noche abrazados, hasta la mañana".

Soportamos todos los huracanes, porque hemos construido nuestra casa, nuestro ajayu con letras, historias y música porque

Di a quien soporta una pena: una pena no es eterna.
De idéntica manera a como la alegría se va,
perecen las penas".

Efrits, genios buenos y malos, botellas, lámparas maravillosas, magia, tesoros, proverbios, cantos, alabanzas, bailes, poesía, erotismo, amor, un cuento dentro de otro, lo insaciable. El ajayu ha encontrado su morada en nuestro cuerpo danzante, ha llegado a la noche mil uno y, como el rey, se pone a llorar. Hemos hecho posible la casa que deseábamos, la de las mil y una palabras, la de los mil y un bailes, la de los mil y un ajayus.

²⁸ *Las mil y una noches*, Traducción, introducción y notas de Julio Vernet, Editorial Planeta, Barcelona 1990, Tomo I, Pág. 19.

²⁹ Ob. Cit. Pág. 11.

Esta es nuestra casa, la que construimos día a día, noche a noche. El lugar, desde donde nuestras historias nacen. Buscamos ajayus, encontramos tintas, desciframos pasos, nos reconocemos dos, inventamos un tercero. Una persona cuenta, otra oye y una más interviene de rato en rato. Tejemos y destejemos. No interesa quien cuente, interesan las historias, interesan las palabras, interesan las coreografías. La casa es construida por las palabras, las contadas, las escritas, las oídas, las que arman historias, no hay cuentos femeninos ni masculinos, no hay cuerpos femeninos o masculinos, la casa es una sola. Llenarla de nostalgias y caminar por utopías y salvaciones, salir en medio del huracán y retornar a casa, al vientre materno y nacer cada día, cada día de aniversario, cada día de difuntos con música y plegarias, esperando una sola mirada del sol, bebiendo el caldo, oliendo el copal, resucitando cada amanecer.

La tinta (china) encontrando su (supay) ajayu: plegaria de cierre

Cuando vuelva mi ajayu voy a bailar de colores y de tintas. Me voy a encontrar y le voy a encontrar. Nos vamos a revolcar en el barro, voy a llorar de risa y juntos nos vamos a ir a la montaña. Desde allí voy a respirar y lo voy a meter tan adentro de mi piel que nunca más va a querer irse. Porque si se va, Virgencita, segurito yo también me voy a ir. No va a quedar nadie y nadie nos va a poder recoger nunca más. Cuando mi ajayu vuelva, aunque tú no lo traigas, Diosito, vamos a recogernos al amanecer y todas nuestras aguas van a chorrear nuestra fe.

APOSTILLA

El baile no envejece. Todo lo demás envejece. Envejecen las cartas, envejecen las miradas, envejecen los rostros. Envejecen. Sólo bailando el tiempo no aparece, des—aparece. Una cueca es siempre una cueca, así tengamos noventa años. Tomar un pañuelo e invitar a otro a bailar sigue siendo un acto de coqueteo, un zapateo siempre distinto y siempre renovado.

Nuestro cuerpo ya no es el mismo; sin embargo, al son de las primeras notas nos vuelve la necesidad de sentirnos cuerpo y de girar sobre nosotros mismos volando el pañuelo en nuestras manos. Reconocemos nuestro cuerpo con "la primerita" y de allí en adelante sólo miramos a quien tenemos al frente. Somos nuevos otra vez. No es necesario inventar nuevos pasos, los tenemos grabados en la memoria, pero jamás son los mismos que en la anterior cueca. Todo depende *de la fusión de un mirar con otro mirar*. Nuestro cuerpo despierta. Nuestro ajayu retorna en forma de bolivianita, la piedra semipreciosa que nos hace tierra y montaña y que nos hace temblar porque somos dos los que bailamos, pero somos uno, siendo.

Si el ser andrógino imaginado por Aristófanes se basta a sí mismo, no tiene necesidad de otro, es completo porque tiene ambos sexos, porque se procrea a sí mismo, porque tiene cuatro brazos, cuatro piernas y un cuello redondo que sostiene todo aquello; si al ser separado por los dioses envidiosos de tanta dicha busca eternamente su otra mitad, su igual y nunca más vuelve a ser el mismo porque los dioses son más poderosos, entonces

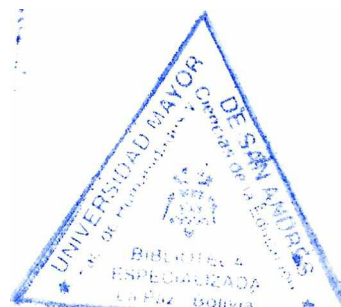
la carencia se vuelve un estado de angustia, de búsqueda eterna y redonda como el andrógino. La carencia no se supera, porque necesitamos sentirla para reconocernos dos. Carentes de baile, de cuerpo, de palabras. La inquietud, el desasosiego...

Voy masticando mis palabras mientras siento el amargo de la coca, voy bailando mis gestos mientras suena una morenada, *china morenita linda, mantita flor de vicuña*, y la carencia se hace alegría en mi piel. Es lo que me permite reconocirme en la mirada del otro que puedo ser yo misma desde este mi cuerpo que no quiere estar en estado de fuga, que quiere quedarse para escribir el baile de mi ajayu, que es dos en uno, pero que es fundamentalmente dos.

En este lugar, esta mi casa donde puedo burlarme de los dioses porque su maldición es una bendición, mi androginia no es más que un sueño antiguo. El conjuro de ser uno se ha convertido en el gesto inverso. Diotima me hace renacer en cada parto, en cada palabra parida. Mi miseria, mi pobreza, mi alegría, mis dolores son procreaciones de la belleza que es sentirme dos, partida y en medio.

He sido frontera para deambular por ambos lados, he sido de un lado y de otro; he sido hombre, he sido mujer. He sido Orlando y María Chipia, he sido Márgara y Adela, Romeo y Julieta, he sido delirio y Pachamama. He mutado y me he reconstruido para volver a mutar. He bailado una y otra vez la misma cueca siempre nueva, nunca envejecida. He escrito el baile del cuerpo

encontrando mi verdadero ajayu, el escrito sobre mi piel y con mi piel, el baile de la escritura. Mi casa, mi pura alegría.



BIBLIOGRAFÍA

1. **Alcázar Reinaldo,** *El cuento social boliviano*, Editorial Alénkar, La Paz, 1981.
2. Antología del cuento femenino, Alfaguara, La Paz, 2000.
3. **Anzaldúa Gloria,** *Borderlands/La frontera The New Mestiza*, segunda edición, Aunt Lute Books, San Francisco, 1999.
4. **Arnold Y. Denise y Yapita Juan de Dios,** *Río de vellón, río de canto: cantar a los animales, una poética andina de la creación*, HISBOL, ILCA y Facultad de Humanidades y CC.EE, Colección Academia N° 8.
5. **Auerbach Erik,** *Mímesis (la representación de la realidad en la literatura occidental)* FCE, México, 1950.
6. **Bajtin Mijail,** *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza Universidad, México, 1993.
Problemas de la poética de Dostoievski, FCE Argentina, 1993.
7. **Barthes Roland,** *El grado cero de la escritura*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1976.
Fragmentos de un discurso amoroso, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2002.
8. **De Lacios Chordelos,** *Las amistades peligrosas*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1998.

9. **Duras Marguerite,** *Los ojos azules pelo negro*, Tusquets Editores, Barcelona, 1987.
10. **Eltit Diamela,** *El cuarto mundo*, Seix Barral, Chile, 1996.
11. **Estenssoro Virginia,** *Criptograma del escándalo y la rosa*, Los Amigos del Libro, La Paz, 1996.
12. **Flaubert Gustave,** *La pasión de escribir*, México, De. Coyoacán, 1995, trad. De A. Carrerras y M.T. Maiorana.
13. **García Márquez Gabriel,** *La soledad de América Latina*, Corporación Editorial Universitaria de Colombia, 1983.
14. **García Pabón Leonardo,** *La Patria íntima*, La Paz, 1997.
15. **Girard René,** ~~La~~ *Mentira romántica y verdad novelesca*, Anagrama, Barcelona, 1985.
16. **Kristeva Julia,** ~~La~~ *Sol negro, depresión y melancolía*, Monte Ávila Ed. Venezuela, 1997.

Historias de amor, Siglo Veintiuno Editores, México, 2000.

Sentido y sin sentido de la rebeldía, Cuarto Propio, Santiago 2001.
17. *Las mil y una noches*, Traducción introducción y notas de Julio Vernet, Editorial Planeta, Barcelona 1990, Tomos I y II.
18. **Leiris Michel,** *Espejo de la tauromaquia*, Aldus, México, 1998.
19. **Lezama Lima José,** *Confluencias*, Editorial Letras Cubanas, Cuba, 1988.

20. **Pacheco Carlos y Barrera Linares Luis (compiladores)** *Del cuento y sus alrededores*, Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela, 1992.
21. **Piglia Ricardo,** ☐ "El jugador de Chejov, tesis sobre el cuento" El Clarín, 6 de noviembre de 1986.
Formas Breves, Anagrama, Barcelona, 2000: Tesis sobre el cuento.
22. **Platón,** *Diálogos*, Espasa-Calpe S.A. Madrid 2007.
23. **Pizarnik Alejandra,** *Obras escogidas*, Ed. Hölderin, 1996. Selección y compilación, Gustavo Zuluaga Herrera.
Poesía completa, Editorial Lumen, Argentina, 2007.
24. **Rodríguez Monegal Emir,** *Ficcionario*, antología de Jorge Luis Borges, FCE, México, 1998.
25. **Rösing Ina,** ☐ *Las almas nuevas del mundo Callawaya*, Los amigos del libro, Cochabamba, 1991.
26. **Rowe William,** ☐ *Hacia una poética radical: ensayos de una hermenéutica cultural*, Mosca Azul Editores, Lima, 1996.
27. **Sade Marqués de,** *Filosofía en el tocador*, Ediciones JM, España 1999.
28. **Sarlo Beatriz,** ☐ "El saber del cuerpo. A propósito de Emma Zunz", Borges Studies on Line, Internet.
29. **Wiethüchter Blanca,** *Pérez Alcalá o los melancólicos senderos del tiempo*, Plural Editores, La Paz, 1997.

30. **Woolf Virginia,** *Orlando*, Hermes / Sudamericana, Buenos Aires, 1968.
Un cuarto propio, Colofón, quinta edición, México, 1994.
31. **Zamudio Adela,** *Novelas Cortas*, Cochabamba, 1942.
Cuentos Breves, Editorial La Paz, 1943.
Íntimas, Plural Editores, La Paz, 1999.

**Si aún queda
llanto en tus
ojos**

Infierno Verde

(cueca)

Letra: Octavio Campero Echazú.

Música: Miguel Ángel Valda

Si aún queda llanto en tus ojos

Para llorar mi partida

No llores mientras la vida

Deje un minuto al amor

Ese minuto de vida

A la orilla de la muerte

Tiene el encanto de verte

Resignada ante el dolor

Llorarás cuando mañana

Ya nadie de mí se acuerde

Porque del infierno verde

Sólo Dios se acordará

GODIAMO, BEVIAMO

Te voy a guardar en la cacha tachonada con tachones dorados, esa de cuero que tiene secretos guardados. Así te voy a meter tomándote entre mis brazos, alzándote en vilo. Suavemente voy a doblar tus alas, voy a acariciar tus manos, las voy a enlazar entre las mías y te voy a convertir en arcángel, el Arcángel de la Cacha. Allí me voy a esconder cuando mis fuerzas se desvanezcan, cuando no tenga más lágrimas para llorarte. Así, despacio voy a acariciar tu pelo canoso y suave como tus alas, te voy a cantar unas estrofas de amor de La Traviata. Voy a bailar cueca al estilo chuquisaqueño, voy a zapatear bailecito, voy a abrazarte para un bolero, me voy a sacar la máscara de china supay. Te voy a volver arcángel, no de los arcabuceros, sino de los trovadores. Vas a oír todas las arias de Verdi. Te voy a mecer en italiano, acurrucar en castellano, susurrar en aymara. Voy a convocar a mis abuelos, voy a traer a tus compañeros de cacho y rocambor. Entre copas y alegría, todos juntos vamos a cantar, vamos a bailar, nos vamos a emborrachar.

CHINA SUPAY

La locura se lleva
también entre los
dientes,
en las caries
que horadan la
sangre

No llores, vas a volver pronto y todo va a ser distinto, no llores hermana, estamos contigo. No salgas sin abrigarte, hace frío en esta época y te podrías resfriar. El doctor te estará esperando en el aeropuerto para llevarte a ese lugar seguro y tranquilo que conseguimos. Allí podrás descansar y hasta engordarás un poco. Me gustaría poder acompañarte, pero ya sabes, es difícil dejar el trabajo, los hijos... te prometo que voy a visitarte uno de estos días y no te preocupes por tu casa, tus cosas, tus libros. Estarás mejor...

Voy a quedarme en la sombra bajo el frío recorriendo día a día nuestros minutos, nuestras pisadas y sonrisas. Voy a quedarme quieta en la helada esperando tus recuerdos pasar frente a mis ojos. Voy a cantar bajito, voy a hablarte, voy a reírte, voy a dormirte a mi lado, voy a acariciar tu pelo, voy a silbarte mi amor para que llegue con el viento hasta tu lugar.

La habían encontrado en traje de China Supay escribiendo obscenidades en las paredes. Su máscara diablo ocultaba su otra diablo. Decían que se le había metido el baile al cuerpo. Después de tres horas de saltos entre diablos, osos, ángeles y cóndores, la sed había secado hasta sus lágrimas y

no habrían bastado ocho botellas de cerveza para saciarla. El socavón y la virgen habían pasado por ella como sueños al amanecer. Lo último que recordaba era la entrada de la tropa con paso de caballo a la iglesia de la Virgen del Socavón, los ojos de los diablos entre humos de colores haciendo gala de su poderío entre arrr, jo jo, fuerza, arrr y los trombones blancos retumbando en sus oídos. Luego las máscaras en el suelo y las cabezas gachas en acto de fervor y sumisión.

(Cartas, diálogos, correos, palabras y tu voz clamando porque alguien la oiga. Me acuerdo cuando un día pasé casi al intento por detrás tuyo mientras escribías un mensaje electrónico a tu casa. "¿No podrías por lo menos contestarme?", era tu grito de auxilio. Estabas a punto de perderte en los laberintos de la pasión. Buscabas todavía aferrarte a ese gran amor, a lo que habías construido a escondidas cubierto de corazas de hojas, cubriendo el rastro hacia ti mismo, hacia tus profundidades de aguas, de mares, de sales. Oculto, siempre oculto para ser menos vulnerable, para no ser vulnerable, para que sólo tú puedas mirar a tus amores pero que tus amores no puedan mirarte, traspasarte. Intuías y temblabas de sólo figurarte lo que vendría. Luego, a cada hora a cada minuto, buscabas desesperado más temblores y hablabas como nunca, te desnudabas como nunca, te contemplabas asombrado en el espejo, no creías en tu propio reflejo).

En el primer bar la gente estaba sumergida en sus propias charlas de a dos, de a tres y en un extremo el solitario mirando su vaso casi con ternura. El blanco había sido fijado y hacia allí se dirigió envuelta en su chal y con paso

firme. La reacción fue tímida, un poco oscura, pero sin lugar a dudas fue bien recibida.

- ¿Cómo estás, qué haces solo aquí?

Lo mismo que tú.

¿Qué has hecho últimamente?

- Lo mismo que tú, vivir.
- ¿Y así de solo?

Ahora ya no estoy solo...

A las cinco de la mañana un radio taxi entraba al motel. Los espejos miraban, ellos se acompañaban. A las seis y media, otro radio taxi salía.

- Gracias.
- Gracias a ti.

¿Te llamo?

- No.

Gracias otra vez.

Las pastillas, un vaso de agua y todo tan limpio. Tragó automáticamente y sin hablar. Fue conducida a una cama angosta. Antes de cerrar los ojos miró la ventana.

Voy a cerrarte en los ojos, voy a dormirte en mis aguas.

Los diablos la arrastraban hacia la salida, un ángel la empujó por las nalgas y ella a su vez se abrazó a un oso. Las otras chinas ya se habían sacado las máscaras, ella volvió a colocársela y avanzaba entre el gentío. Buscaba con

desesperación un lugar donde sentarse y aliviar sus pies y su cara. Entró a la primera pensión que vio, allí ya se reunían zambos, sicuris, incas y morenos. Pidió por el baño. El espejo colgado la miró acercarse, le miró la máscara, se la quitó y le frotó los ojos corriéndole el maquillaje.

(Mi querido: Hoy en la mañana estoy otra vez casi tan serena como ayer. Parece que las mañanas me sientan bien, que tengo un poco más de aire en la cabeza, por la noche el aire se me entra al corazón. Dormí poco pero muy profundamente escapando de sueños y pesadillas. Me levanté, me duché (no canté) y estuve tratando de leer. He pensado tanto estos días (tengo ahora todo el tiempo del mundo) en lo que me ha pasado, en lo que he hecho, pero sigo sin llegar a nada. Sabes, las historias nos usan para reírse, todas se repiten, no hace falta tener mucha imaginación para saber lo que vendrá, todo es más o menos predecible. Tengo los labios dañados de tanto callar, es la locura del silencio.)

El segundo bar tenía las paredes abarrotadas de fotos de la ciudad, fotos nuevas y antiguas, quería ser un remedo de los boliches de la zona "bien", pero tenía un algo que lo hacía atractivo y lujurioso. Las mesas estaban forradas de hule y los parroquianos parecían gozar entre ellos mirando a quien entraba. Allí conoció al guía de la Diablada Centralista. Estaba sentado con un grupo de amigos que conversaba a través de varias botellas de cerveza acumuladas sobre la mesa. Al entrar ella sola, automáticamente las miradas la inspeccionaron de pies a cabeza y no faltó un silbido y la voz de

un borracho: "Mamacita, ¿por qué tan solita?" Se sentó y pidió un refresco. No sabía qué hacía allí, por qué había entrado.

En esta sequía, en este baldío transito necesítandote, necesitando tu voz metida en mis oídos. Te camino sin verte, cojeando sin poder aullarte. Codicia de caricias es mi nombre a medias en tu piel.

A pesar del frío, las manos gordiflonas hurgaban calientes dentro de su blusa, sobre el pantalón, dentro del pantalón, húmedas en las nalgas. Las bocas con aliento a cerveza se juntaban, se lamían, respiraban entre ayes y murmullos. El zaguán estaba oscuro. Luego el jadeo final, las manos aferrándose y después nada, la nada profunda del pozo sin fondo, la imagen del vacío.

- Mañana te espero pues reinita para el ensayo, vas a ver que te va gustar y ojala ps que te sigas portando como hoy día...

El tercer bar, luego el cuarto, el antro, los zaguanes, el vértigo, la lujuria de sentirse como una misma. La música, los bailes, el despojo de la piel para ponerse otra, otra de colores, otra de alpaca, otra de mimbre, otra de agua, otra de ventana, la ventana, la luz, los ojos pegados, el sopor, las manos que te sacuden, el buen doctor que te mece en sus brazos, el llanto y los gritos. Te ruega que hables, te inyecta un tranquilizante.

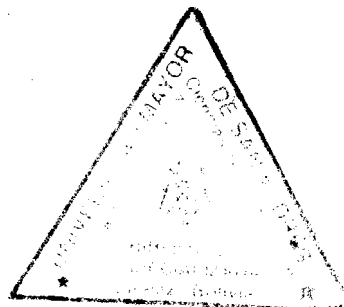
(Mi querido: Dices que a los setenta años podríamos esparcir juntos las cenizas de estas cartas al viento. ¿Crees que de verdad lleguemos a tanto, a

tantos años, a tantas resistencias, a tantas alegrías separadas? Yo estoy aquí, gimiendo la locura, separada en cuerpo, separada en alma y tú perteneciendo donde siempre te acomodaste. Te propongo dar el salto a las cenizas, te propongo juntar nuestros pedazos, reunirlos, conjurarlos y lanzarlos al vacío en un salto de dos. Te propongo un cruce de mar, una encrucijada donde nos pertenezcamos para siempre. Te propongo las máscaras.)

El espejo no hablaba, hacía. El espejo la tocaba, le acariciaba los senos, los apretaba, recorría sus piernas, levantaba la pollera, sumergía los dedos, rodaba hacia su sexo, lo mojaba, lo penetraba. Las lentejuelas de la blusa saltaban, las trenzas postizas caían al suelo. El espejo la miraba asombrado, el espejo escribía en su boca gemidos. La máscara volvía a su lugar.

Te he oído gemir. Mi cima era sólo para tus ojos, soberbios, dueños, eco de mis gemidos dueños ahora de todos los silencios. Mi orgasmo se va en lágrimas de tanto tenerte metido dentro. Te resistes a pesar de mis convulsiones, no sales a pesar del sudor, te aferras a mis huesos. Ya no pertenezco a mi cuerpo. Ando desprendida paseando por los muros que rodean la ciudad.

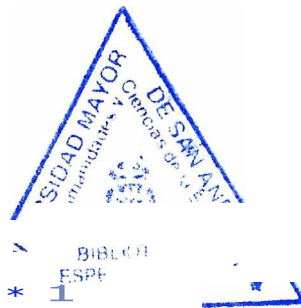
La salida de la pensión era un torbellino de gentes que todavía bailaban, gentes que la miraban, gentes que le gritaban, gentes que bebían, gentes aullantes, gentes metiéndose en los oídos. Cascabeles y látigos de



caporales, dragones, sudores, humo, bombos, platillos, trombones. La máscara.

Querida hermana: Ayer recibimos la llamada. Hoy sale por courier expreso tu máscara. Ojala eso te devuelva la voz.

(Mi querido: Ya la tengo. Te espero en la iglesia bajando los cerros.)



LA SAL ES UN OLOR

Nos emborracharemos con tequila y sal, al son de diez mariachis, porque recién ahora que nos despedimos descubro tus olores. Hace años que no tengo olfato. Será este afán de recordarte, estas ansias de guardarte en mi vientre o de morir en tu esquizofrenia. Tú hueles a desquiciamiento. Pensé que era la mezcla de sudores y de líquidos que me confundía pero bajé hasta tu sexo y lo lamí entero para que desaparezca todo vestigio de mí. Sólo entonces te olí intenso como la locura. Un olor ácido, corroído y salado. Sí, sé que no corresponde, que la sal es un sabor.

He tragado tu vida sintiendo ese olfato perdido y me he desquiciado también. Hace una semana que no me ducho, que no me peino, que no me maquillo, que no me levanto. Alrededor de mi cama la fruta apenas mordisqueada debe estar empezando a oler. No huelo nada. Sólo es tu sabor en mi cara, en mis manos, en mi pelo. Olor rancio, olor sin tiempo. Así es tu olor: insensato.

TODOS LOS JÓVENES

- ¡La puta! ¡Qué sueño...! Y ahora cómo me voy a levantar para ir a trabajar, estoy nadando...

Tengo que contar ese sueño a alguien, no tengo que dejar que se me olvide. Tengo que acordarme de todos los detalles para encontrar alguna explicación. Es raro, hace mucho tiempo que no voy al Valle de la Luna, sin embargo, por allí paseaba en el sueño. Las formas erosionadas de la tierra me rodeaban. No estaba encima, no veía una postal, estaba en medio, caminando alrededor de los huecos, cuidando de no caerme. Deben ser por lo menos unos diez años que no voy por allí. Tengo que ir ahora para ver si mi memoria no se equivoca, si mi sueño no se equivocó. La última vez llevaba a unos turistas y ellos insistieron en bajar. Los acompañé un poco, después me dio miedo y los vigilé desde arriba mientras se sacaban fotos. Ya estaba oscureciendo y oí un gran alboroto abajo. La luna llena salía y los gringos enloquecidos sacaban más y más fotos. Ni siquiera eso me asombró. Yo sólo quería terminar con mi trabajo y depositarlos en el hotel. Esa fue la última vez y anoche me meto sin miedo a los huecos y deambulo hasta que se me aparece ese Kusillo bailando y haciéndome gestos provocativos. Me tocaba las nalgas y me pellizcaba las tetas. Yo feliz le seguía los pasos. ¿Y el Kusillo? De dónde me habré sacado eso. Ni siquiera sé bien cómo se viste, cómo es su máscara. Sólo sé que hay un museo que se llama así y que es algo así como un bufón. ¿De cómo se metió en mi sueño? Qué

divertido era mirarlo y seguirlo, cada vez nos entrábamos más adentro. Yo no tenía miedo. Dicen que el Kusillo se roba a las imillas y las viola. En mi sueño yo no era ni imilla ni era violable. Así son los sueños, uno es dueño de su destino.

- ¡Mierda! Ya son las ocho y media y yo sigo sonseando con el Kusillo. Voy a llegar tarde a la oficina.

No son pestes de la razón. En definitiva son otras pestes. Pestes risueñas, melancólicas y ambiciosas no como las de la otra, la bruja, con esa angurria típica de una mujer dura que ha tenido que aguantar soledades e injusticias por ser nada más que mujer y que lucha como ninguna pateando el negocio de quien puede, robando ideas y haciéndote creer que eres una tarada y que sólo ella sabe. Ella la que ha sufrido para llegar a ese puesto ejecutivo y de mariposa social y de brazo en brazo porque así nomás funcionan los negocios, es decir así funcionan definitivamente mejor. Y ese Kusillo de anoche, cómo me tocaba el muy atrevido, y yo feliz como cuando uno se quema mucho en un sólo día disfrutando del sol de Jamaica por ejemplo, sin darse cuenta que se está quemando. Jamaica a precio rebajado. Tengo que pensar en el mejor slogan para adelantarme a ella, aunque pensándolo bien tampoco es tan, tan bruja. Nos fascina juzgar, sobretodo nosotras las mujeres a las mismas mujeres y nos encanta no sólo decir que esta o la otra son brujas, sino nos maravillamos y nos sentimos felices de decir que es una puta, así con todas las letras, sabiendo que en el fondo nos morimos de envidia. Mejor si es Jamaica a todo sol o a toda luna, porque si es Jamaica

no sólo sería rebaja, sería trago, sería marihuana, hachís, cocaína o cualquier cosa. Jamaica no problem con los blancos que tienen sus casitas blanquitas y los rastas que no es que vivan felices felices es que viven en Jamaica y bailan y fuman y aman y tienen mar por todas partes. ¿Qué tal un Valle de la Luna con mar?

- ¿Cómo está usted? No sabe cuánto me alegro de verlo. Justo estaba pensando llamarlo. Sabe, tengo que hacer un afiche y necesito algo de información sobre el Kusillo. Sí, sí. Claro que sé que es un degenerado, que se roba imillas y no tiene comparsa. Por supuesto que sabía eso. ¿Su traje? Claro, es color caqui. Pero, ¿qué hace que alguien quiera ser Kusillo? ¿Cómo hay que hacer para ser Kusillo? Por supuesto que una mujer no puede ser Kusillo, ya me veo violándome a una imilla...

Yo quería sacarle la máscara, quería ver su cara. Pensaba que era alguien conocido, quería tal vez que fuera alguien conocido. Pero el bandido se ocultaba entre las grietas y yo seguía persiguiéndolo. Parecía que seguía el ritmo de una banda que tocaba a lo lejos. Ni idea qué música sería. Este sueño ya estaba durando mucho cuando de pronto apareció detrás mío y me agarró los pechos. ¡Qué susto! No fue difícil zafarme y cuando me di la vuelta ya estaba saltando y riendo y se alejaba. Yo lo seguía. Tenía que sacarle la máscara.

- Bueno doctor. Gracias por su ayuda. Me gustaría ver esas fotos que tiene, así puedo darme una mejor idea. Ah no me diga, ¿usted bailó de Kusillo? No

lo puedo creer. ¿A cuántas...? ¿Y que le parecería si yo me pongo su disfraz? No se preocupe que no saldré por ahí a violar llokallas...

Hasta sentí su olor. Era como a lana mojada y coca. No podía ser nadie conocido. La cueva donde se metió me dio un poco de miedo, pero lo seguí. No estaba oscura y allí estaba sentado en una piedra. Me acerqué lentamente y traté de jalar su máscara. Se hizo a un lado y me besó a través de ella. Era áspera y olía a yute. Escapó de nuevo.

- Entonces, ¿nos vemos en su casa a las seis?

Qué maravilla. Voy a ponerme un disfraz de Kusillo de verdad. ¿En qué comparsa bailarías? ¿A quién me podría recoger? Difícil, difícil. Ah lo más grave sería que si me acerco a un ñatito, me va a pegar y me va a tirar piedras pensando que soy un maricón. Ya me veo perseguida por diablos, morenos y osos. ¿Y la risa de la gente...? Qué más da, no soy un maricón ni una maricon. Soy un Kusillo. Me cambio de comparsa y listo.

A este doctor no le entra en la cabeza que me ponga su disfraz. Tal vez cree que me voy a escapar y quién sabe cómo terminaría... Mejor me voy y meto todos estos papeles en los cajones. No tengo nada urgente y si tengo, qué me importa. Este trabajo es una peste a veces. Pero tengo que solucionar el tema del afiche ese, claro, no el del Kusillo, ese es para mi sueño de anoche. Tal vez esa bruja ya tenga las cosas hechas y mañana se las presenta al jefe y yo me quedo jodida en la retaguardia. Que tipa esa, cree que con su

sonrisita cojuda y su cara de huerfanita todo lo soluciona. Es una pendeja y nada raro que tenga ya su afiche diseñado. Yo a lo mío. Mejor pienso mañana, como dice Scarlett O'hara en "Lo que el viento se llevó". ¡Ahí está! Seguro que lo de la máscara lo saqué de esa película de Sanginés del danzante de la muerte. ¿Pero de cómo? Además ese Kusillo lo menos que quería era morirse... Ah no sé. No entiendo nada. Además con la mala memoria que tengo ni me acuerdo el nombre de la película, ni de lo que se trataba. Sólo sé que había un bailarín con una máscara enorme y verde y que creo que se la sacan cuando se muere. Ah no, mi Kusillo no se murió. Seguía bailando y yo cada vez más desesperada por agarrarlo. Sólo él me agarraba y me soltaba cuando quería. La música se acercaba cada vez más. Me parecía oír hasta otras risas. Él bailaba agachándose y levantándose. Yo parecía una gringa sin ritmo. Trataba de bailar y oía risas. No me daba vergüenza. Nos agarramos de las manos y bailamos un huayñito, nos encorchetábamos de un lado y girábamos para agarrarnos del otro. ¡Qué rico! Cuando estábamos en lo mejor la música cambió, es decir creo que la cambié yo. Yo quería un bolero, pero una banda tenía que tocar un bolero de caballería y no uno de Luis Miguel. Y entonces el Kusillo desapareció. Me di cuenta de mi error y la banda volvió a tocar músicaailable. Qué música sería, no sé. Por suerte volvió.

- Doctor, no se asuste, sólo me voy a poner la máscara, juro que no le voy a hacer nada. Seguro que nunca ha visto a una mujer en traje de Kusillo. Huy, qué oscuro, apenas puedo respirar. Ya está. Lo veo chiquito parece que está

usted lejos. Esta nariz larga y puntiaguda me da risa. No, no me estoy haciendo la burla de usted, es que me da risa y nada más...

Así empecé a mirar de pronto. Me veía a mí misma persiguiéndome. Me escapaba y me tocaba el trasero, me pellizcaba y me amasijaba los pechos. Traspiraba, me ahogaba, veía la máscara por dentro, la tocaba desesperada por fuera. Mi pantalón se bajaba, cuatro manos lo bajaban, me penetraban. No sé si yo u otro u otra. El Valle de la Luna crecía. Estaba oscuro, sólo se veían las siluetas. Quería quitarme la máscara, quitarle la máscara. Estaba excitada, me sentía totalmente mojada, penetrada, movida. Justo el puto despertador sonó.

- Doctor no se asuste, soy yo. Oiga mi voz, la de siempre, la que le charla casi todos los días. Mi voz de pipiripi, mi voz de baile, mi voz de joda. No se asuste, sigo siendo yo. No me agarre, tengo que salir, la banda suena, la banda sueña. Ji, ji, ji, pri pi ri pi pi. Na rai nai na narai, la ra la lai la ra, lara la lai lara. En los carnavales, todos los jóvenes con sus serpentinas, entraremos en la plaza con toda armonía echando mixtura. La ra la lai la ra, lara la lai lara, Na rai nai na narai. Entraremos en la plaza con toda armonía echando mixtura, La ra la lai la ra, lara la lai lara, Lo ro lo loi lo ro, loro lo loi loroí...

EL TIEMPO

La lentitud del día es nada más un detener el tiempo en mi sexo, concentrar todos los minutos en el centro mismo de mi clítoris. Imaginar los segundos caminando suavemente entre mis labios, las milésimas lamiendo y convirtiéndose todas unidas en una lengua que penetra mi vagina.

Gracias a Dios, el tiempo es eterno.

EL PROBLEMA

Cada día hablo más conmigo. Y no estoy diciendo nada profundo. Literalmente hablo en voz alta conmigo. En el auto, en las calles, mientras leo el periódico, cuando hago pis, todo el tiempo. Me cuento cosas, opino, discuto, me contradigo y me contesto. A veces hasta muevo las manos, gesticulo o guiño. Seguramente es una señal de soledad o, como diríamos vulgarmente, cosas de mujeres menopáusicas o con síndrome de falta de hombre. El problema precisamente es que soy hombre.

Hay días en que manejando me paro en el semáforo que está con luz verde y me pillo alzando las manos como político en discurso electoral. Despierto cuando oigo los bocinazos y los insultos y no me queda otra que seguir gesticulando para contestar y gritar el acostumbrado hijo de puta aprendí a manejar.

Seguramente es soledad, pero un hombre no puede quejarse de ello y me da terror confesar que es locura, aunque suena más digno.

Hay escalofríos que me recorren cuando siento esta soledad que me duele y que no puedo compartir. Lo terrible es que a veces me estremezco con un profundo placer que me sube hasta la boca del estómago.

El boliche está lleno, hay mucho ruido y yo estoy aquí en una mesita como si no pasara nada, pero mi pantalón está a punto de estallar sin siquiera haberme tocado. Sé que estoy ardiendo y si alguien enciende una chispa explota. Seguramente voy a salir de aquí como entré, sereno. Pagaré la cuenta, sonreiré a la cajera y respiraré hondo para evitar la piel de gallina.

Cada vez hay menos sillas alrededor de mi mesa. A los solos ni esa consideración les tienen: se llevan las sillas vacías para hacer más patente la falta de compañía. Dentro de poco tendré que poner mi saco en mis faldas. ¿Tan extraño es ver a un solo? O será que ya me empiezo a ver extraño. Tal vez sin darme cuenta he empezado con mi nueva costumbre de hablarme a mí mismo en voz alta.

En la ducha es al revés, en lugar de cantar o hablarme, no sale ni un gemido de mi boca, ni siquiera cuando me masturbo. Extraño... hace mucho tiempo que no lo hago. Tal vez intente mañana, pero ¿y si no puedo? ¿Y si no logro terminar? Hace tiempo que no lo hago porque creo que me aterra que ni mis propias manos me provoquen esa alegría. ¿Entonces, qué me ha pasado? ¿O me habré vuelto otro?

La culpa la tiene esa macho caporal. Estoy seguro de eso. Después de miles de ensayos y bailes, después de haberle prestado mi traje, mis botas, mi látigo, mis cascabeles, recién me doy cuenta. Cómo no haber sabido que cuando me propuso que yo baile de dama delante de ella y frente al enorme espejo que tengo en mi cuarto, me estaba robando algo. No me di cuenta y

me pareció hasta divertido y sensual. Obviamente también chistoso. Mis piernas peludas debajo de la pollerita y los zapatos apretando mis pies como cuando Griselda, la hermanastra de la Cenicienta, quiso ponerse el zapatito de cristal. ¡Ridículo! Así me veía. Encima me sacó fotos y debo confesar que las trenzas me quedaban bastante bien...

Todo para qué, para que me deje por otro. Ni siquiera por otra como correspondería a una verdadera macho caporal, sino por un tirifilo de Auquisamaña. Esa noche del cambio de traje, algo pasó. Después de hacer el amor me quedé dormido y como siempre, al despertar ya no estaba. Yo bruto, todavía me quedé embelesado cuando vi que en la mesa de noche estaba servido mi desayuno con una notita que decía gracias. No la encontré más. La llamaba mañana, tarde y noche. Su celular apagado y en su casa el contestador. Intenté con el e-mail y me rebotaban todos los mensajes. A pesar de haber estado saliendo muchos meses con ella, nunca supe dónde vivía.

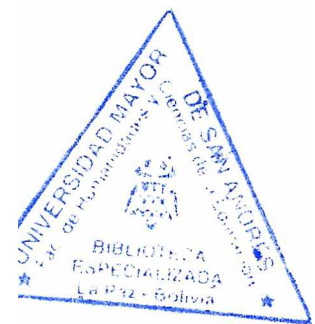
Realmente esa mujer me había enamorado. No podía ni comer por la angustia de no encontrarla. Nunca más fue a los ensayos, nadie sabía de ella. Cuando fui a ver los registros de la fraternidad y no encontré su nombre, me quedé sin habla. Su nombre simplemente no estaba bajo ninguna letra. Me estaba volviendo loco. No podía ser que simplemente desapareciera, menos que nunca haya existido. Todos me vieron alguna vez con ella, tenía testigos. Me acuerdo todavía que escogimos juntos el bordado de su traje, cuando bailaba de mujer. Su entusiasmo era grande, las mariposas le

gustaban más que los dragones y los calzones tipo "filo dental" más que los normales. Qué hermosas piernas tenía.... Cuando bailaba, sus caderas se movían de una manera tan especial que captaba todas las miradas, sobre todo cuando la pollerita se levantaba y el diminuto calzón aparecía sumergido entre sus deliciosas nalgas. Cuando la llevé a mi cuarto por primera vez gritaba desesperada, me rasguñaba, me mordía y me pedía más y más. ¡Qué hembra!

En los ensayos parecía estar en trance. Nunca iba con pantalón, siempre con falda y al salir acariciaba mis botas y jugaba con los cascabeles mientras yo me cambiaba. Un día, después de la entrada del Gran Poder, me dijo que me regalaba su traje, que la próxima vez iba a bailar de macho. Yo me quedé asombrado cuando la vi cortarse el pelo desnuda frente a mí. Colocaba ordenadamente su cabello por mechones sobre una mesa. Su cabeza quedó hecha un desastre, pero ella no paraba de reír. Luego hizo dos trenzas, las amarró con una lana roja y las guardó en una caja de zapatos. Nunca me voy a olvidar de su cara. Tenía las mejillas coloradas, los ojos brillosos y de pronto se puso a llorar amargamente. La abracé y para consolarla le decía que no se preocupara, que le iba a crecer el pelo de nuevo. Ella simplemente me apartó y me dijo, no es eso. Yo no pregunté más.

No volví a ser el mismo luego de tomar el desayuno que me dejó la última vez que la vi. Dejé de bailar caporales, dejé de salir con mis amigos, dejé de buscar mujeres. Sólo me siento a tomar café mientras percibo las miradas extrañas de los otros. Todavía no se qué es lo que se llevó. Ni siquiera

cuando me la encontré un año después, con el pelo muy corto y con un maridito de la mano, pude saber qué era. Sólo sé y estoy consciente, de que mi voz retumba por donde voy, que no sólo hablo conmigo mismo en voz alta, sino que me grito y a veces me blasfemo. Perdí el trabajo, perdí mi cuarto y ahora sólo le hago campo en la mesa del café a la caja de zapatos con las dos hermosas trenzas mientras retumba en la calle la banda de los caporales.



INTIHUATANA

Dios, dicen Dios y arrastrando los pies, golpe con golpe, dicen que vamos a trabajar en la mina, dicen que es oscura la cueva, dicen que como somos altos vamos a trabajar mejor. Dios, dicen Dios. Hace frío. Nuestros corazones suenan pum - pum, pum -pum, pum - pum. Ya no podemos respirar. Soñamos con el calor, con el verde. Este es otro mundo. Nos miran y nosotros arrastramos las cadenas. Dicen que hay unas hojas mágicas, esas que mascan los otros. Dicen que nos va a quitar el hambre, la fatiga. Dios, dicen Dios y no llegamos, no vamos a llegar. Este sol no lo aguanta ninguna piel, ni siquiera la nuestra oscura. Pum - pum, pum - pum, pum - pum. Sentimos que el corazón explota. Paramos, un latigazo nos cruza la espalda. Hace frío. No sentimos ya nuestra manos. Nuestros pies están llagados por tanta piedra. No hay agua, sólo cuestas y más cuestas. Dios, dicen Dios y tenemos que probar esa hoja, tal vez sea Dios. Los otros nos miran desconfiados. Nos miran extrañados. Son de otro color. Miran el sol con amor. Odiamos este sol. Las botas de los que nos llevan parece que tienen cascabeles, suenan cuando se acercan. Nos levantamos limpiándonos la boca de la tierra seca que tragamos. Dios, ya no oímos lo que dicen. Ya no podemos más, nuestras venas suenan pum - pum, pum - pum, pum - pum. Son los tambores, son los tambores de guerra, es nuestra respiración, es el sol. Ellos nos miran. Mascan su hoja, los del Dios también. Nos dan para que la probemos. Es amarga. Quita el hambre, no el frío, quita la sed no la pena, quita el cansancio, no los latidos. Ellos nos miran, miran el sol, tocan su

flauta, miran nuestras bocas gruesas. No sonríen, caminan con nosotros, nos acompañan, oyen los corazones pum - pum, pum - pum, pum - pum, besan la tierra, la tocan, la palpan, le entierran animales para calmar nuestros latidos, pero nada, nada. Desfallecemos, morimos, los tambores suenan, dejan de sonar, el sol nos ha comido. El señor del Gran Poder nos ha tragado.

TINKU

Quisiera poder cortarme la lengua, no hablar nunca más, no decir nada a nadie. Tal vez así, enterrándola pueda escupir la tierra en la que se va a quedar. Tal vez me entierre a mí misma y me escupa para siempre. ¿Cómo puedo evitar la locura que me camina por dentro, los huecos que se hacen cada vez más grandes y en los que me hundo insultando y maldiciendo? La incapacidad para la soledad me ha envuelto como lengua mortal que asfixia.

Odia que fume. Odia mi aliento a tabaco. Odia mi pelo impregnado. Se iba y pasó que de sólo mirarle la espalda se me hizo hueco el corazón. Caminé muy despacio por detrás y cuando tuve su cintura a mi alcance me prendí a ella, empujé su cuerpo contra la pared, me restregué, gemí y nada, ninguna respuesta. Yo a punto de arrancarle el cabello. Le mordía el cuello desesperadamente, acariciaba sobre su ropa, la abría, la jalaba, metía mis manos por todas partes... Me corría y nada, no le pasaba nada. Puse más presión, empujé con violencia y entonces por fin su respuesta, una especie de gemido-gruñido. Nuestros cuerpos respondían a la costumbre. Me puse al frente, le arranqué la camisa, busqué su boca y metí mi lengua. Todavía se resistía, pero sus manos eran independientes y hurgaban deseosas, se mojaban delirantes. Luego por fin en nuestra casa, ambos penetrados, por fin. Mientras sentía el engullimiento, mis ojos se chocaron asombrados con la risa burlona de una boca violeta en su hombro izquierdo hacia la espalda, cerca al cuello. Una marca grosera, ordinaria. Me detuve por centésimas de

segundo, dudé, luego lamí. Obviamente no era una marca mía. Me dolió, pero aumentó mi ansiedad, apreté con mayor intensidad. Se corría y yo seguía mordiendo y apretando. Mis manos se volvieron garras. Apreté hasta terminar. La certeza.

Tú nada, sólo el camino cerrado a cal y canto. Tu crueldad fue nada más que una señal y yo tardé en darme cuenta. Aunque ahora que lo sé, te sigo esperando, pero sólo para rechazarte y lanzarte mil palabras de hierro y vengar mi humillación, porque no voy a dejar que vuelvas a tocar mi alma. Sólo quiero tratarte como tú lo hiciste para que sepas, para que te duela, para equilibrar la balanza, para creer que la sensación de poder también la tengo yo. Siento en la punta de mis dedos la memoria de tu espalda y lo único que quiero ahora es clavarte mis uñas para que sangres y luego dejarte.

Por eso me dio tanta vergüenza mi sangre, porque sabía que mi menstruación era como el cerebro de los conservadores entre los dientes de los indígenas. Sabía que era tu victoria, la supremacía de tu frío de montaña. Y aún así te dejé hacer, dejé que me penetraras engulléndote y tragando mi llanto contra la pared. Me odié. Quise lamer tu miembro, limpiarlo con mi propia boca para devolverme, para tragarme y engullirme para encontrarme y sacarme de dentro tuyo. Entonces abriste la ducha.

El amanecer estaba frío como de costumbre. Me metí a la ducha y me gaste toda el agua del calefón. Así que ahora es la guerra. Bien, me viene bien.

Sonreí feliz. No sé que hago todavía aquí, en esta cama, en este cuarto, en esta casa. Su espalda desnuda mostraba las dos marcas, los dos chupones en el hombro izquierdo hacia la espalda, cerca al cuello, uno al lado del otro. Ahora sí sé lo que hago aquí.

Hoy día tiene otra vez ensayo. Detesto a esa gente. Blancos, morenos, chinos, mezcladitos. Simplemente los detesto. No tardó en levantarse de la cama y meterse a la ducha. Yo estaba en la cocina y abrí la pila de agua caliente del lavaplatos. ¡¡Oye!! ¡Me has dejado sin agua, carajo! La guerra. Ese bailecito lo vas a sentir, en carne propia. Podrías por lo menos haberte duchado menos largo. Tengo que ir al ensayo y ya estoy atrasado. ¿Dónde está mi pantalón café? Seguro que no le has dicho a la chola que me lo lave. Yo no sé qué te está pasando últimamente..., ¡toda esta casa está patas arriba! No le digo nada, sólo lo miro y agacho mi cabeza. Me mira extrañado. Levanto los ojos y le sonrío. Nunca más vas a leer mis ojos. Chau amor, qué tengas un lindo día y no vuelvas tarde. Me besa, me abraza por la cintura, le lamo la oreja, me mira asombrado. Esta noche voy a llegar temprano, me vas a esperar, ¿bueno?

Me acosté a la hora de siempre, sabía que no llegaría temprano. Me puse a ver tele, cualquier cosa en el cable. No quería estar pendiente de la hora. No sé a qué hora llegó, creo que amanecía. Esperé a que me diera el beso acostumbrado en la frente y luego yo le puse los brazos alrededor del cuello y lo empecé a besar. Trató de resistirse y con una sonrisa cariñosa me apartó. Luego se acostó y yo puse mi mano en su sexo. Qué deliciosa

sensación. Lo empecé a masturbar lentamente. Tal vez fue la sorpresa o qué sé yo, pero me volcó violentamente de espaldas para penetrarme. Yo no lo dejaba. Jugaba y eso lo excitaba más. Busqué el interruptor de la lámpara mientras forcejeábamos y él me empujaba hacia arriba buscándome. Prendí la luz. Tenía que ver. Sabía que la lucha no iba a ser fácil. Y ahí estaba: la boca, el chupón, la marca. Estaba justo debajo de las otras dos, hacia la espalda. Era grande y roja, más grande que la anterior. Realmente sabía hacer su trabajo. Las tres formaban un triángulo. Pasé mi lengua por las marcas, le lamí el cuello, la oreja. Cuando ya estaba a punto de vencerme me hice a un lado y escapé hacia su cuello. Volví a mi batalla y mordí hasta hacerlo gritar. Nos dormimos. Hola amor. ¿Dormiste bien? Ya es tarde y tenemos que ir a la parrillada. Te traje un juguito. Gracias, tengo mucha sed.

Ahí estaban. Ahora eran cuatro. Pasé mi mano por encima y sentí la textura. Me estremecí de placer. La última era la más grande sin duda. Me habrás dejado agua esta vez... Antes de la parrillada podríamos darnos una vueltita por Chicani. Hace tiempo que no vamos por ahí. ¿Qué te parece? Así recordamos viejos tiempos...No sé. Creo que me gustaría más ir a ver los ensayos a San Miguel. ¿No dijiste que odiabas todos esos bailes? Creo que ya no. De tanto oírte hablar...Bueno, si quieres... Vas a ver que te va a gustar el Tinku. Ojala que sí.

El sol quemaba más que otros días. Los dos grupos, el de mujeres y el de hombres, se alineaban uno frente al otro. Realmente se veían cómicos todos

de blue jean y polera. Lo único lindo de estos bailes es la ropa. Así todos parecen una parodia del baile y de lo que significa: una guerra.

El enfrentamiento danzante se hacía con sonrisas y cachondeos entre ambos grupos. Sólo los pies significaban. Las espaldas dobladas en son de impulso lanzaban los brazos como aspas, aspas que no tocaban más que el aire. Figuras de pelea, eso es lo que eran. Figuras nada más. El dolor de una batalla se volvía música, se volvía alegría y no lamento, no herida.

No se daba cuenta de las marcas en su cuerpo. Me sorprendí la noche siguiente con cuatro marcas que cruzaban las anteriores. Un rasguño grande y profundo. ¿Cómo iba responder? Me dejó sin aliento. Mientras lo veía desvestirse pensaba en mi próxima movida. Me estaba desgastando más de la cuenta. Tenía hambre de sangre en mi boca. Quería más. Quería comerme sus sesos, vaciarle las entrañas. El deseo de los dos me mojaba entera. Sentía que chorreaba.

Otra vez la noche, la cama, el cuarto, yo echada de espaldas mirándolo mientras se lavaba los dientes, desnudo como siempre. Empecé a acariciarme. Nunca lo había hecho antes. Mis manos empezaron a enloquecer, mis dedos se sumergían independientes, solos. Yo chorreaba, empezaba a gemir. Él ni cuenta. Sólo se sacudía con las embestidas del cepillo de dientes. Cerré mis ojos. ¡¿Qué haces?! Te esperaba. Mírame. Nunca lo habías hecho antes... ¿Te gusta? No sé... No podía creer lo que estaba viendo. Yo pensaba en la siguiente herida, en la siguiente marca. Me

corría. No me detuve a pesar de su palidez y angustia. Miraba, pero ni siquiera se excitaba un poco. Después de mi orgasmo solitario me tapó y se fue a dormir a la sala.

¿Qué haces tan temprano en casa? Hace tiempo que no vemos una película. Traje un video. ¿Estás bien? Claro que sí. Como nunca. Encontré esto entre tus cosas del escritorio. Estaba ordenando. No sabía que eras también poeta. Ah... Sí, pero ya ni me acuerdo qué es... Es un poema de amor. Claro, así parece..., tú sabes, pura ficción... Escribí eso hace mucho tiempo, en verdad ni sé si yo mismo lo hice o copié de algún lado

Lo miré impasible y puse el video en el VHS. Oye, no estás enojada, ¿no? Era un invento mío, tratando de ser poeta, nada más... Tú sabes, siempre quise escribir... ¿Veamos la película? ¿Te gustaría comer una pizza? No respondí nada, me senté en el sofá. No te enojés, estemos bien, ¿ya? Ven, déjate abrazar, no seas así.

Me dejó abrazar, correspondo. Le acaricio el cuello, meto mi mano dentro de su camisa, siento sus hombros, la textura, la sangre, su espalda, la inmovible.

Sólo pensaba en arrancarle la grasa de su cuerpo, abrirle una herida en el costado y dejar que muera. Grité de placer mientras me besaba el sexo, las marcas en su espalda también gritaban y le clavé mis uñas en el costado izquierdo hasta hacerlo sangrar. Él siguió con su afán. Tenía una tijera a mi alcance, la tomé justo en el momento de su orgasmo. Él no la vio hasta que

abrió los ojos después de un rato. Me miró asustado, yo le di un beso en la boca y la puse sobre la mesa. Se tocó el costado.

Amor, no te olvides que esta tarde vendrá el mensajero de la oficina con mi ropa para el baile de mañana. No sabes lo hermoso que está. Sobre todo la montera. Le he hecho poner unas esponjitas por dentro para que no me lastime. No te preocupes, más bien trae la cámara para que te saque fotos. ¿En verdad vas a hacer eso? Me va a encantar, no tengo fotos de los años anteriores. Esta noche tengo una reunión súper importante, espero poder llegar temprano, ¿bueno?

Cuando se fue saqué cien fotocopias del poema y las pegué una por una en todas las ventanas de la casa. Luego cerré las cortinas. El mensajero llegó con el paquete cerca de las siete. Me preparé un sándwich y me puse a ver televisión. A eso de las diez de la noche abrí el paquete con la ropa. Tomé la tijera y empecé a cortar primero las mangas, luego desbaraté todas las lentejuelas, luego corté en pedazos muy pequeños los bordados. El pantalón de bayeta fue fácil de cortar, para la montera tuve que usar el cuchillo de la cocina. Sus esponjitas quedaron hechas trizas. Quedaban las abarcas. Encendí la chimenea y metí una de ellas, la otra la puse sobre el televisor. Luego me quedé con la tijera en mi mano sentada en el sofá, la vista clavada en la puerta.

(Te espero para alimentarte en un día de tormenta y sol. En mi parte más mojada voy a sopar mis dedos y los voy a meter a tu boca. Con un corte

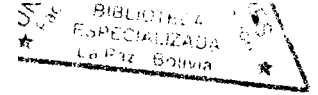
certero voy a arrancar tu entraña y la voy a triturar entre mis dientes para volverme tu vientre. Tus ojos van a mirar sólo mis manos y mis pies de adentro hacia fuera. Tu espalda lamida, mordida, rasguñada va a ser la tumba de mi lengua, mis dientes y mis uñas.)

LA NOVIA

Tengo miedo. Dice mamita que sólo rogando al Señor de Todos los Poderes voy a estar bien. Tío Manuel no me habla desde que supo que me iba a casar con el colla. Se encerró en su cuarto del tercer patio y mandó a traer urupeses llenos de ambaibas sólo para él. Ahora tengo que estar bien y sonreír. Tengo que ponerme el vestido y hace mucho calor. Quiero comer aunque sea un solo achachairú. Mi novio me espera.

Me duelen los pies de tanto bailar. Ya no tengo miedo. Me desviste, yo me río. Me duele, grito, sangro, ya no río. El me acaricia, me quiere. Me duermo temblando. Oigo la música afuera *novia Santa Cruz contigo me quiero casar, novia Santa Cruz, la reina del Palmar...* Duermo. Me despierta el sonido que hace un cortaúñas. Él está sentado, desnudo, una pierna sobre la otra, agachado sobre su pie derecho. Sus inmensas uñas están puestas ordenadamente sobre el velador.

TAMBIÉN AHORA LA CULPA LA TIENES TÚ



¿Te **acuerdas** del tango? Un paso adelante empezando por el pie izquierdo deslizándolo suavemente por el piso con los pies casi en punta; el derecho al encuentro del otro, acariciando el cuerpo erguido con los hombros paralelos a los otros hombros casi tocándose, casi rozándose, casi imaginándose, casi ... Dos pasos a la derecha uno después de otro escapando al de la pareja que va entre medio de ambos al golpe del bandoneón y la mano grande sobre la cintura, abierta, abarcando la espalda, dirigiendo a izquierda a derecha como impulsos sobre la piel rebotando hasta el fondo. Dos pasos hacia atrás siempre empezando con el pie izquierdo propio y derecho suyo, el cruce del izquierdo sobre el derecho y un último paso atrás. La orden es girar a izquierda y derecha sólo con la cintura y las piernas dibujando un ocho a la voluntad de quien dibuja sobre la espalda y el torso erguido paralelo volando al ritmo del tango. ¿Te acuerdas? Luego me dejaste. Te fuiste casi bailando hasta la puerta. No te despediste, no me dejaste ninguna nota. Así, como se abandona unos zapatos viejos en la basura del patio. No pensé que te fueras, pensé que volverías por mí. No lo hiciste y ahora encima te estás muriendo. Eso más. Me da rabia. Tanta rabia que la confundo con la pena y el dolor. Tantos años, tantos aguantes para que me dejes tú primero con medio cuerpo y media alma a medio baile sin llegar al taratarará, tán, tán. Por lo menos hubieras dejado que yo me muera primero, pero nada, ni eso. O tal vez podría haber salido primero por la puerta en ritmo de milonga.

La rabia me enceguece tanto que me lleno los ojos de rayos que quieren sanarte. Pero sigues ahí mirando el techo con tus inmensos ojos. Te vas así, de a poquito, en agonía, con altos y bajos, como un tango.

Mientras ordeno tus medicamentos y hago el horario estricto de las tomas, me pregunto qué estoy haciendo como autómeta. Así no se baila. ¿Por qué no puedo colgarte el teléfono, tirarte la puerta o mandarte al diablo como tantas veces en tantos años? ¿Será que nunca he tenido la oportunidad de convencerme que prefiero mi dolor al tuyo?

¿Te acuerdas del tango?

QUIMBA

Me encanta mi primo. Me apetece. *"Si hoy no me das tu rosa tiempo, mañana no la quiero no, mañana no la quiero que ya será invierno"* Quisiera cantarle mientras lo miro con el pañuelo volando en mis manos. Rodearlo con mis encantos mientras escapo en la quimba y quedarme al final del zapateo *abrazada a su pecho y quemarme en su fuego.*

Es mi primo de verdad, no un postizo de acuerdo a la circunstancia. Es hijo de la hermana de mi madre, o sea, mi primo hermano, mi carnal. Mañana lo voy a invitar a bailar conmigo una cueca o un bailecito. Esa va a ser la prueba definitiva. ¿Prueba de qué? No sé, pero los hombres que bailan bien cueca me entusiasman a morir. Ahora, ¿es este un hombre normal? ¡No pues, burra! Es tu primo.

Ayer nos fuimos a tomar un café y al principio fue un sólo catarro. La historia de su divorcio, su regreso al país, el reencuentro con su madre (mi tía), la tormentosa relación con sus hermanos, etc. Hablamos como hermanitos y yo, incestuosa, deseando consolarlo en horizontal...

Se fue del país hace muchos años a estudiar no se qué. Estuvo un tiempo en la universidad, luego simplemente la dejó. No terminó la carrera porque dice que se aburrió y le apasionaron los grupos de latinos tocando en las paradas de metro y viajando de una ciudad a otra. Claro, él sólo tocaba el timbre,

entonces se ofreció primero de utilero y luego de manager. Puesto muy útil ya que hablaba inglés, alemán y francés. ¿Manager de qué? Le pregunto, de metros pues, yo sabía exactamente en qué lugares habían mejores propinas y dónde podíamos echarle unos discursitos de pobrecitos latinos y recibir no sólo aplausos, sino propuestas de todo tipo. Nos fue bien hasta que en un invierno helado me dio una neumonía que me mandó al hospital. Mis compañeros me abandonaron. Entonces la conocí. Una hermosa enfermera. Los ojos como los tuyos, oscuros, profundos y con un toque de tristeza que los hacía infinitamente deseables. Sus manos profesionales me cuidaban todas las noches. Yo gemía inclusive en los momentos en que ya no tenía fiebre, sólo para llamarla a mi lado. Su pelo era rubio y sus labios delgados, claro que no tan hermosos como los que me sonrían en este minuto..., tan gorditos... ¡pucha que estás hermosa prima! Y bueno, nos enamoramos. Yo la llenaba de poesía latinoamericana, de Benedetti sobre todo. "Si te quiero es porque sos...", te acuerdas? - Claro que me acuerdo maldito, si antes de irte me leías eso a mí y me acuerdo que "en la calle codo a codo" marchamos un Primero de Mayo.- Pero mejor ya no hablemos más de mi pasado, cuéntame de ti. Pobrecita, supe que te habías casado... - Y claro, mientras le cuento mi historia me agarra mi mano, me acaricia con su dedo pulgar, fraternalmente, y yo erizada- Mejor me voy al baño a mojarme las manos y la cara. ¡Esto es mucho!

-¿Así que te enamoraste y luego directo al altar?

- No tan directo porque yo no tenía trabajo y me tuve que quedar a vivir con ella un buen tiempo.

- ¿Así que te tuviste que quedar...? Claro, me imagino que sufriendo mucho...

- No te imaginas lo que me costó acostumbrarme. Era primera vez que vivía con una mujer que no era mi madre, pero lo peor era que, a pesar de estar feliz, todo el tiempo me acordaba de La Paz, de nuestros paseos por el Montículo, de cuando parábamos en la puerta de la farmacia frente a la U riendo con los amigos y haciendo la revolución al sol del medio día. No se, tú eras el referente más cercano de mujer que tenía. Me acordaba hasta de tu calzón con florcitas que mostrabas sólo a algunos chicos del barrio cuando éramos niños. ¿Y te acuerdas cuando probamos el beso de las telenovelas, con lengua y todo y luego nos cepillamos con detergente entre arcada y arcada? Definitivamente yo no podía olvidarte. Aunque a los 7 años me dio un poco de asquito tu boca... ¿Sigue igual de feita esa boca hermosa?

Y de pronto sin previo aviso me planta un beso de aquellos, en medio del café más concurrido de la ciudad. Me sorprendió tanto que no pude siquiera cerrar los ojos y disfrutar. Me quedé la noche entera con su sabor de café y tabaco. En la puerta de mi casa sólo atiné a abrazarlo fuerte y escapar hacia adentro. Es incesto, es incesto, me repetía mientras lloraba en la ventana frente al hermoso Illimani y con su espalda bajando la cuesta. Imposible pensar en una cueca.

Nunca pensé que las cosas iban a tomar ese rumbo, nunca me sentí tan en descontrol.

—Eres la mujer de mi vida— me repetía mientras hacíamos el amor y me acariciaba hasta el delirio. —¡Qué horror, es mi primo, mi carnal, mi hermano! Ni esos gemidos internos podían parar mis manos, mi boca, mi cuerpo entero que sudaba y se arqueaba de placer. Nada importaba, sólo la sed. ¿Y luego? —Bueno, ya se verá, pero yo quiero que vengas conmigo, que dejes todo, ahora, ahora mismo. Vámonos lejos, no necesitamos nada más que nuestros cuerpos y un espejo que nos refleje en cada movimiento, que nos mire todos los días, así, así como éste. — Y en verdad el espejo nos miraba porque nos mirábamos extraviados en él. Los dos iguales, gemelos, primos hermanos nacidos en un mismo orgasmo. Entrañados en el espejo.

Yo tenía que bailar con él, tenía que tenerlo bajo mi control, era la única manera de saber. Un día caminando por Miraflores fuimos a dar a "Love City", discoteca clandestina y muy de moda. Clandestina por los clandestinos, no por su ubicación dentro de la ciudad, seguramente por esa sensación de abismo que invade a los escondidos, sensación de adrenalina en el bajo vientre. Lo único prohibido en "ciudad de amor" era mirar a las otras parejas porque siempre había alguien conocido y mejor no ver nada, ser ciego para ser mudo.

Esta era la gran oportunidad, aunque no fueran a tocar nunca una cueca, me contentaba con un merengue. Fue un fraude. Apenas nos sentamos en la penumbra y con la música retumbando, nuestras manos enloquecieron. Yo intentaba de veras sacarlo a bailar, pero sus brazos me apretaban y mis ganas de bailar se fueron bailando con sus palabras- Vámonos amada, ven,

vente, no me dejes, no seas mala. Y los besos seguían entre whisky y whisky, pero no se levantaba de su lugar, no bailaba, seguía emborrachando mis pasos guardados, enmoheciendo mis acordes, venciendo mi voluntad de baile.

El día estaba acordado. En la primera lluvia del año nos iríamos para siempre. Era una promesa.

- Pero no es una fecha concreta. ¿Por qué no fijamos fecha para poder organizar nuestro viaje?

- Amada, ¿necesitamos acaso una fecha? ¿No te parece hermoso partir con la lluvia, como nona y Maqrol, el gaviero?

La primera lluvia del año fue tormenta, la ciudad casi se hunde entera. Por las calles corría el agua arrastrando lo que encontraba a su paso. El granizo caía incontrolable y por mi ventana vi. pasar mesas de mercado, sillas, fruta, verduras, piedras, personas y autos. En la primera granizada del año murieron personas arrastradas por las aguas, otras ahogadas en el río Choqueyapu, otras enterradas por los techos desmoronados que no aguantaron el peso del hielo. El inmenso hormiguero que es La Paz fue sorprendido y no podíamos salir del asombro y la tristeza. Cuando la lluvia y el granizo terminaron de caer, la gente que pudo guarecerse permaneció en el mismo sitio durante muchos minutos. El miedo se había apropiado de sus cuerpos. Todos quedamos congelados. Después de eternos minutos cientos de figuras de hielo bajo los zaguanes empezaron a moverse. Las aceras se

poblaban poco a poco de seres silenciosos. El aire olía a lodo, la ciudad era ahora de hielo y barro.

El agua no hizo ninguna distinción. Los bomberos trabajaron junto a voluntarios hasta muy tarde en la noche tratando de rescatar gente atrapada, la policía buscaba a los desaparecidos. Se cortó la luz en todo el centro. Las radios reportaban cada vez más muertos, más derrumbes, más desastres. Nunca vi tanta oscuridad, nunca imaginé mi ciudad sin luz. Los cuerpos se chocaban unos a otros, no circulaban autos. La ciudad tardó en renacer. Salí a buscarlo. Este era el triste día previsto para nuestra alegría. En las calles, la gente se movía sin entender todavía cómo tanta agua pudo haber desaparecido tan rápido montaña abajo y haber tragando tanta desgracia. La quimba había terminado. El granizo había zapateado el final del baile.

Nunca más lo volví a ver. No se si se fue o yo me fui, no se si me dejó o lo dejé. No supe jamás si sabía bailar cueca.

VOX DEI

Vox Dei, tuyo, Cantos Nuevos, mío, Jim Croce, tuyo, Cat Stevens, mío, Charlie Parker tuyo, Soledad Bravo tuyo, Let it be, mío. El Quijote es mío, el manifiesto tuyo, Kafka y Canetti son míos, Buñuel es tuyo, Hiroshima Mon Amour te lo regalé yo, los otros Marguerite Duras, son míos. El diccionario de la Real Academia te lo puedes llevar aunque me duela. Lenin y compañía no me harán falta, Ernesto Cardenal y Felipe Delgado están pegados a mí, son míos. El cuadro de las manos mío, el dibujo del ratón tuyo, el cenicero de madera mío, los ceniceros de tu padre, por supuesto que son tuyos, la alfombra persa es mía solamente, el póster es tuyo, los amigos son tuyos, los hijos aunque de los dos, son más míos. Me quedo con los dolores, las alegrías, las ausencias, los abandonos, las risas y los alcoholes, te vas con las sombras y la lluvia y yo te seguiré esperando pero sin abrir la boca y la rendija que espía.

EMILIA

Pasando la Jaimes Freire hay un puente, varios basurales, niños y mujeres perdidos entre la basura.

Detrás de una puerta de garaje, la número ocho, hay un cuarto habitado por cuatro perros. Escondida debajo de la mesa, esperaba Emilia a que la tuerca gire y haga kaj.

AGUA

Que despierten mis antiguos amantes. Que dejen el teclado de la computadora, que cierren el libro que leen, que paren el paso, que dejen el lápiz, que suspendan la clase: la Morena está entrando a la tina. Se desviste lentamente, prueba el agua con el pie derecho, levanta el otro pie y se acucilla lentamente. *Siento el agua caliente mojando mis nalgas y mi cuerpo dilatarse.* La Morena se sienta, se recoge el cabello y lo amarra en un semi - moño, se moja la cara. *Apoyo mi espalda, el agua moja mis senos, los pezones se endurecen al primer contacto. Me estremezco.* La Morena sumerge todo el cuerpo, toma aire y mete la cabeza bajo el agua. Por segundos, el ruido desaparece. *Cuando saco la cabeza, el mundo ha desaparecido. Sólo estoy conmigo y mi cuerpo desnudo. El agua me abriga y empiezo a mecarme. Las ondas me acarician por abajo, no llegan a salpicar, solo se mecen conmigo.* La Morena flota su vientre dentro del vientre. *Cierro los ojos, el silencio me invade, siento mi respiración lenta, cada vez más lenta. Mis brazos flotan a los costados, el balanceo se hace más intenso. Toco mis labios, no los de mi boca.* La Morena tiene los ojos cerrados, las manos ya no flotan, sólo se mueven. Todo se dilata, todo se abre, todo es agua. *Mis dedos no dejan de moverse, el agua no deja de acariciarme, mi otra mano sube y pellizca. La respiración va aumentando frecuencia, siento que el vértigo se me apodera: se apodera de mis ojos, de mis bocas, me va tragando. Mi boca busca desesperadamente algo a qué asirse, algo que lamer. Mi mano acerca hasta hacerme daño el pecho del que me sostengo,*

logro tocarlo con mi lengua y grito. La lengua de la Morena alcanza, la mano ayuda, la otra mano es dueña y se sumerge en un grito profundo y largo. *He gritado, he apretado mis piernas con mi mano entre ellas. El agua ha sido mi vértigo, el líquido amniótico de mi vientre.* Que se detengan mis ex amantes, que sientan mi olor y que vean las lágrimas que derramo sobre sus lejanías. Deténganse, sueñen lo que ya no tienen, lo que ya no pueden bailar.

BOLERO

Y de noche, por no sentirte solo recordarás, nuestros días felices arrastrando las eses recordarás y bailarás solo el bolero que yo puedo bailar con otros boleros abrazados a mi piel y a las montañas que vuelcan mi cuerpo para hacerlo mío recordarás el sabor de mis besos y pensarás en mí soñándome en el agua que no vas a volver a alcanzar.

No me esperes en el cielo corazón.

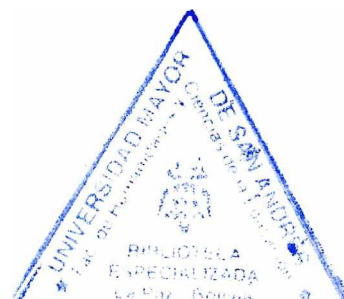
LÁGRIMAS PARA MIS OJOS

Todas las tardes se sentaba en la plaza debajo de un enorme bibosi. Lo vio florecer en abril, deshojar en junio y volver a retoñar en septiembre. Seguía atenta todas las pisadas de los niños y los perros. A veces tarareaba una canción antigua, otras bailaba con la música de las chicherías.

Cómo deshilvanar, cómo meter la aguja en el mismo hoyo y sacar el hilo sin que se vuelva una nueva costura. Mucha puntería, pensaba. Pero nada más. Luego venía el silencio absoluto, las historias la estaban empezando a ahogar.

- ¿Tiene lágrimas?
- Sí. ¿Nacionales o importadas?

Las nacionales están bien. ¿Cuánto cuestan?



Saca la billetera y le paga a la farmacéutica.

Las lágrimas estaban sobre la mesa de noche. Los ojos secos las necesitaban desesperadamente. Una gota en el ojo derecho, dos en el izquierdo. Luego los sueños y el despertar con las uñas adoloridas por los rasguños en brazos, espaldas, rostros. Ella intacta. Las historias estaban sobreponiéndose.

Anda como bloqueada y a veces enloquecida. Busca razones, busca motivos. No hay nada que pueda explicarle las historias. Cambia de plaza, cambia de toborochi, cambia de sombras, cambia de hilos y agujas. Nada. Ha perdido el control.

"Extraordinario". Así lo llamó. Tal vez no encontraba otra palabra para describir. Le faltan las palabras. Esa siempre fue su debilidad. Pudo haber usado: singular, insólito, inusitado, excepcional, maravilloso, fabuloso, tremendo, extravagante, homérico, imponente, impresionante, inigualable, inolvidable, la octava maravilla, notable, de órdago, sin par, único, rara avis. No. Le puso a eso "extraordinario". Quién sabe por qué. "Eso", tampoco encontró el sustantivo preciso. Así comenzó todo.

Las murallas rodeaban la ciudad. El calor sofocante. Una cerveza en el Café Santo Domingo, un merengue bien apretado en Mister Babilla. El mar tan cerca, pero tan silencioso, tan detrás de las piedras. La tristeza empezó a tomarle las manos, pero luego una salsa levantó las sonrisas nuevamente. *No me digas nada y márchate... lluvia, tus besos fríos como la lluvia.* El calor sofocaba, el sudor ahogaba y la cabeza volvió a quedar vacía mientras los pies se llenaban y las piernas se juntaban. Luego el calor, el ardor, el cuerpo calcinado entre las sábanas, sobre las sábanas, enredado en las sábanas. Allí empezó todo.

Lo conoció en un país del norte, en invierno. No. Los conoció en una ciudad medio alta, media verde, medio fría, medio caliente. No al mismo tiempo, no.

Uno antes que otro. Fue genial. Todo fue igual. Los mismos lugares, las mismas palabras, la misma facilidad de conquista. Por fin había dejado la jaula, recordaba Cartagena de Indias. Rara avis. Las historias empezaban a soltar sus olas saladas.

De lágrima panda. Así era. Así eran. Extraño encontrar dos seres tan parecidos. Con las cosas más inusitadas, los ojos se les llenaban de lágrimas. Uno cuando oía La maza, de Silvio Rodríguez, el otro cuando oía el himno nacional. Ni qué se diga en los momentos más altos del orgasmo. A veces el llanto les llegaba junto con la vida que desparramaban. La desparramaban incontenible, ella la recogía en sus manos, en su boca, entre sus pechos. Tenían el mismo sabor.

Una tarde de sol, bajo las montañas, muy cerca de la ciudad, uno de ellos se desnudó frente a ella. Sin miedo, sin vergüenza, sin el mínimo pudor. Miraba alucinada, lo amó insaciable. Él lloró todavía desnudo apoyando su cabeza en los hombros de ella.

- No te hagás el duro como moroco de rengo. Le dijo una vez en broma al otro que sin más ni más se levantó furioso de la cama dejándola semi desnuda. Tomó violentamente su ropa y salió a medio vestir con un viento helado que calaba los huesos. Lloraba sin control mientras corría. Ella se comió una manzana, nunca entendió qué pasó.

- Es una pena que ahonda el círculo - pensaba. Una pena que ata y enmudece, la más feroz. Esta mudez y desamparo de cuerpo no es traducible. El árbol no suple, sólo las historias, las historias de las almas adictas al cuerpo. Cuerpos alados, cuerpos abrasados por lenguas de fuego y pecado.

Un ángel se le cruzó un día, estaba borracho. Venía abrazado a un cóndor. Venían de una fiesta de alabanza a alguna virgen barrial con bailes de tropa. Eran de la diablada, obviamente. El mismo día, un predicador también trajo ángeles, pero de los de verdad, de los que nunca se emborrachan ni bailan, de los que te protegen el día entero: Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.

Seguramente tenía un gran ángel que la protegía porque pudo tener, casi sin darse cuenta, hasta tres vidas separadas. Cuando uno desaparecía, estaba el otro y las hermosas jugadas del destino hacían que siempre uno esté de viaje y nunca se toparon en la calle. Por supuesto que ella evitaba a toda costa ir a lugares públicos por un fingido recato. Nunca equivocó los nombres porque nunca los usaba, sólo decía vidita, amorcito, corazón y cosas semejantes. Así, ambos eran iguales por lo menos en los nombres. Su propia historia fue tejiendo las otras en los días de plaza: para el corazoncito, A. Para el tesorito, B. Su propia historia quedó escondida en la gran mesa de póker donde la única vidente era ella.

La culpa de la locura la tenía el poder, éste que se hacía más evidente y se potenciaba de mentira en mentira, de cuento en cuento. En algún momento el hilo se extravió. El poder de manejar destinos estaba desbocado y no se dio cuenta. Los hilos volaban independientes e iban tejiendo la historia de su enajenación.

Escribe en un cuaderno:

"La tuerca enmudecida de tanta tristeza por la luz de pronto convertida en tinieblas se descubre a sí misma escribiendo con letra un poco temblorosa pero firme, una frontera. El amor, se dice, no puede ser esta pena seca. Así se decía ella, la tuerca. Así caminaba aterrada pegada a las paredes, esquivando las esquinas, queriendo ser ciega, sorda y muda." Borra todo y pone: Era un bailecito con pasos de triángulo y vueltita sobre uno mismo. Un bailecito "extraordinario".

Esto tenía que ser mejor que el Marqués de Sade o Guillaume Apollinaire. Esas sólo eran historias frívolas de cuerpo; esto, era el puro sentimiento: los amaba a los dos. Impalpablemente vulgar, deliciosamente santa. Ella iba a ser más que Isabel Flores de Oliva, ahora Santa Rosa de Lima o que Mariana de Jesús Paredes, ahora Azucena de Quito. Lo santo y lo diabólico. El cuerpo, foco de santidad.

Cómo deshilvanar lo hilvanado con tanto cuidado. Los hilos iban en líneas paralelas, las líneas no debían cruzarse sino en el infinito. ¿Eso, era nunca?

Las dos historias funcionaban bien, los dos amores la estaban convirtiendo en santa, no cabía duda. Ella amaba, ella los hacía felices, ellos la amaban. Los hilos y los destinos se cruzaron, no lo esperaba. No podía deshilar ahora para saber en qué momento la aguja, su propia aguja, se perdió y cruzó las hileras.

Las hebras se cruzaron en algún momento. No supo en qué momento dio la misma puntada. Miró a uno de frente, al otro de costado, los dos hombres se encontraron frente a frente, ella en medio. Los dos la vieron cruzar la avenida toreando autos y subirse a cualquier micro. Huía.

Al día siguiente, apenas llegó al trabajo pidió vacaciones, inventó un viaje, hizo sus maletas, se despidió de la familia y se fue a alojar a un motel de la ciudad. Por la noche oyó el ajetreo de los autos, los gritos de las parejas, las risas y los amores breves. Ángel de la Guarda, dulce compañía...

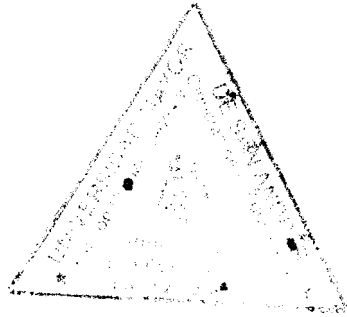
Mientras los dos conversan en un bar frente a frente y sacan sus calendarios y comparan fechas y lugares, ella duerme vestida en el motel. Al despertar ha decidido que de ahora en adelante será oso en pleno calor. Primero se desnuda, se depila lentamente frente a un enorme espejo los vellos de los brazos, de las axilas. Se echa en la cama y bajo el otro espejo abre las piernas y se rasura hasta quedar limpia de toda señal de impureza. Toma una esponja mojada y frota su cuerpo entero con suavidad y serenidad absoluta. Se pone el disfraz, mira su cabeza sobre el peludo cuerpo blanco y decide rasurarla también. La máscara con ojos desorbitados y cuernos de

diablo calza exactamente. Toma el pañuelo rojo en una mano y el verde en la otra. Sale a la calle, oye la música en su cabeza y busca a los diablos, ángeles, caporales, tinkus, llameros. El calor sofoca, la persiguen putas, travestis, policías, curas y monjas. Las historias se han unido en el triángulo de la santidad.

ANOCHÉ

Anoche, mientras me sobabas las piernas y buscabas ansioso mi sexo, he dado finalmente con el argumento de la novela que quiero escribir hace tiempo. Te lo voy a contar cuando acabes de escarbar mis ansiedades y te desmayes sobre mí dejándote en ríos de orgasmo. Vas a ver que no voy a demorar. Es una historia simple con pocos personajes, no va a haber muchos diálogos ni digresiones filosóficas. Toda la acción será dentro de un cuarto. No quiero que te duermas sin que te haya contado cómo voy a escribir. Se que estás cansado y hacer el amor te relaja pero mientras me mordías y me lamías los pezones he pensado que el tiempo será siempre presente y que el narrador será omnisciente. No es que no quiera besarte, es que quiero dejar mi boca libre para después hablarte y contarte que antenoche, mientras acariciabas mis nalgas, he encontrado el final perfecto para el cuento que quiero escribir.

SÓLO DIOS SE ACORDARÁ



Cuando la muerte venga a recordarnos que este tiempo de aguacero ha sido intenso como el miedo.

Oscar García

He cerrado los ojos de mi amado y he visto palidecer mis manos. Las líneas de la palma, la del corazón y la de la vida han palpado el duro frío de su rostro muerto. Ha sido un largo recorrido de odios y de amores, de torturas y de sangre. Es la distancia entre mi mano y sus ojos, entre mi vida y su muerte. El terror se apodera de mi vida, no puedo recuperarme del susto, mi ajayu quiere escaparse, se escapa. Tengo miedo.

La muerte del otro es siempre dolorosa. No tememos tanto nuestra muerte como la del otro, la del que amamos, la de los que amamos. Es la ausencia, la eterna. El vacío, el omnipresente. Quisiéramos poder revertir el tiempo, no dejar que suceda el momento en el que se acabó, en el que la vida se terminó. No hay posibilidad alguna de hacerlo, es así. La muerte nos sumerge en un estado de anonadamiento y de estupor aunque sepamos desde el principio que es el reverso de la moneda, que no hay vida sin muerte. Cerramos los ojos del amado y nos quedamos con la sensación en la punta de los dedos, la sensación del adiós, del nunca más. No hay manera de detener el llanto y el sollozo, no hay manera de detener las ganas de arrancarse el corazón para devolverle vida. Tomamos la mano muerta, la acariciamos mientras queda algún calor, luego nos estremece el frío de hielo,

de piedra, de nieve y la soltamos, dejamos que la muerte se apropie y nos desaloje del lugar que ahora le pertenece.

¿Cómo entender la nada? ¿Cómo entender el terror? Hay un lugar intermedio que no es vida ni es muerte; no es el paraíso ni el infierno, es el purgatorio, donde se viven todas las pasiones, donde se bailan todas las posibilidades. En el momento preciso en el que la muerte aparece como un viso de solución o de final el abismo se abre bajo los pies, es la grieta por donde se debe cubrir la distancia. Todas las pasiones han llegado a ese lugar.

La muerte, el asesinato de los otros es la venganza final, es el poder de la propia mano, es el poder de sentirse dueños de la vida y la muerte, sentirse dioses de la vida y de la muerte. Esa es la solución y el placer. Tal vez haya que beber sangre para sobrevivir, para ser un poco menos muertos y más vivos. Tal vez haya que derramar sangre para ser un poco menos vivos y más muertos. La pasión no puede con lo imposible, sólo la muerte, el terror.

- Te amé infinitamente. - Me dijo cuando nos encontramos.

Sin tener qué contestar me despedí mirando el suelo y seguí caminando por la calle Comercio hacia la óptica. Entregué la medida de mis lentes, di un adelanto, guardé el recibo y salí para bajar luego la Ayacucho y recién empezar a dar crédito a lo que había oído. Hace veintisiete años me dejó porque me detectaron una salmonelosis aguda. Camino y camino hasta que

siento que me tocan el hombro. Es él otra vez. No se qué hacer, sonrío y sigo caminando. Me toma de la mano, me acuerdo todavía de su textura. No digo nada, no dice nada.

Este terror que sentimos ante la nada tiene que ser de alguna manera expurgado, exorcizado. Como todas las pasiones, se debe llegar al lugar donde nos sintamos más cómodos, más consolados, menos asustados. Debemos encontrar una mesa blanca, una *yuraj mesa* de curación para nuestras almas que no entienden. Convivir con la muerte traerla a nuestra mesa, invitarle un platito, hornear thanthawawas, llevar flores, vestirnos de colores para conversar de frente al cielo. Tenemos que bailar, reír y llevar en la fiesta de Difuntos unos mariachis que hagan llorar y así poder entrañar a nuestros muertos. Debemos purificarnos con el dolor y transformarlo en alegría. De otra manera es imposible. De otra manera un sol negro puede cubrir nuestras vidas. Tenemos que llamar a todos los achachilas, a los grandes y a los más pequeños que son nuestros antepasados. Tenemos que sentarlos en la misma mesa, tenemos que darles de comer para no perder nuestro alimento. *En realidad mi desventura es muy grande, mi desventura es infinita, y quisiera llorar, pero no puedo. No puedo llorar.*

No hay terror, no hay tristeza, sólo estas ganas locas de volver a conversar contigo, de sentir tus enormes manos en mi rostro, de oírte cantar, de bailar apretados. Es hora de dejar el lápiz y el papel, la mesa y el incienso. Es hora de vivir tu muerte como tú mueres mi vida.

Me miro en el espejo y miro otra cara. Ya no soy la misma y no sé desde cuando. No sé cuándo empecé a hacer quimba con tu muerte. Mis manos ya no pueden con mi voz y mis gestos se hacen huecos en las miradas ajenas. Tal vez es porque soñé con tu sangre. Fuiste cruel, muy cruel. La salmonela no fue un motivo, fue una coartada para dejarme boquiabierta durante veintiocho años y esperarte ansiosa en la esquina de la calle Comercio y Yanacocha.

El diccionario no encuentra las palabras para este silencio mojado en sangre que me ahoga. No tengo dónde secarme, no tengo dónde limpiarme. Te miro y te miro y sigues siendo tú.

Matar al enemigo amado, buscar en el cajón de la cocina el cuchillo más afilado, el más grande. Salir sigilosamente de la casa, tomarse un micro con el cuchillo en la cartera, bajarse en la esquina. Sacar del bolso las llaves de su casa, sorprenderlo en su cama. Él es más grande, puede defenderse y acabar herida ella. Mejor sorprenderlo, respirar profundamente y asestar el primer golpe. Hay que tener mucha fuerza y yo no soy capaz ni de filetear un asado. Tengo que hacerlo, tengo que dejarlo sorprendido en su dolor, sangrante, así como me siento yo. Tenemos que morir los dos, tenemos que sangrar los dos. Tomo el cuchillo y pido un radiotaxi. La ciudad empieza amanecer, las barrenderas están terminando su labor, los pequeños gorriones de altura cantan alegres, como si no supieran que voy a cometer un asesinato. Extrañamente ya no tengo lágrimas en mis ojos, estoy seca. Siento el aire frío en mi rostro. Llega la movilidad. Me subo y de pronto entra

en mi cuerpo un sopor que me hace cabecear. Mi boca dice autónoma "al Alto maestrito", la dirección del crimen es en Miraflores, tal vez vaya luego, primero lo primero. El camino se hace corto y estoy en el peaje de la autopista, le pido que retorne, no me entiende, le grito que dé la vuelta. Calla. A medio camino insisto en que me espere mientras voy al mirador. Me bajo del auto, el frío es más intenso aquí arriba. Meto mi mano a la cartera, siento el filo de acero, me estremezco. La ciudad está cubierta de niebla, el Illimani está encima, flotando. Me siento, saco un cigarrillo, lo prendo, miro sin mirar, sólo respiro. El sol empieza a subir y el taxista me grita furibundo haciendo sonar su bocina. Me doy la vuelta, lo miro, me levanto, me despido de las montañas.

Bajamos caminando hasta la Mariscal Santa Cruz y todo volvió a ser como entonces. Todo retornó, menos la salmonela. Éramos nuevos, éramos dos jóvenes riendo por El Prado. Pero algo se activó, algo dio un giro, algo me hizo estremecer. Subimos a su auto y entramos a un motel, luego caminamos por un lugar llamado Alpacoma, luego seguimos los lugares. Pero lo activado explotó y de frente al Illampu hice la promesa.

No se por qué ahora no recuerdo tu espalda. Tal vez sea porque todavía la espero, porque quiero verla, tocarla, lamerla y no sólo recordarla. Tal vez la olvidé porque me diste la espalda. Pero es verdad cuando te digo que no sólo quiero esa parte tuya sino tu todo, tu locura de amar, tu alegría al cantar, tu risa, tu voz, tus manos libres, tu grito y todos tus gemidos. Quiero mi mirada, esa mirada que te mira ahora la espalda quieta sin respirar. Quiero

que me devuelvas los ojos que te comiste, el aire que me quitaste día a día, noche a noche. Quiero tu espalda en mi espalda, mi boca en tu boca, con ti en mí y yo en ti. Pero ya es tarde.

No tengo excusa, tampoco motivo, tampoco coartada. Estoy aquí contemplando la ciudad y tiro el cuchillo al vacío. Oigo como cae, oigo, oigo, oigo. No tengo excusa, tampoco motivo, tampoco, tampoco. El taxista vuelve a bocinar. Me enciendo otro cigarrillo, vuelvo al auto. La molestia del conductor me importa poco, nada. Tengo que ir a arreglarme, buscar mi mejor ropa negra. Tengo que contratar una banda y llevarla al cementerio.

ESTA MAÑANA

Dices que anoche, esta mañana, te soñaste intensamente conmigo. Mi sortilegio de piel ha funcionado. Te soñé despierta mientras miraba una película, te imaginé y te sentí a mi lado. Sentí tu pierna sobre mi cuerpo, te pedí que me abrazaras y lo hiciste. Te conté por qué me había conmovido tanto la película y me oíste. Luego me fui a tomar un vaso de agua y me acompañaste. Me quité el camisón y dormí desnuda. Me sentiste, te soñaste, te beso en todos tus rincones, te acaricio el pelo, te arrullo en mis brazos, te dejo beber todas mis aguas ahora y para siempre. Estoy feliz porque por lo menos la fuerza de la invocación te ha llegado, pero ahora que me despierto, tengo ganas de lastimarte tanto que no puedas levantarte jamás.

A FIERO POSEIDÓN NUNCA TEMAS

A lestrigones, cíclopes o fiero
Poseidón, nunca temas.

Constantino Cavafis

Me acuerdo nada. Los sentidos desaparecen junto a la memoria. Es la sensación de la no sensación. Nada. El miedo es lo único que va ganando este sentimiento hasta llegar a la indisposición que sube por la boca del estómago hasta las encías. La historia... ¿qué historia? Un cuento que no cuenta, un poema, *Itaca*, y Penélope enredando y desenredando mortajas mientras el tiempo y el olvido pasan sobre su piel. El terror de la no memoria, de no poder ni siquiera hilvanar una frase que cuente, que diga, que haga, que nos haga ser. Ulises, no eres tú quien viaja, no eres tú quien pelea contra cíclopes, no eres tú quien oye cantar a las sirenas. En realidad soy yo la que te invento día a día. Soy yo, Penélope, con mi cuaderno de piel marrón. No eres tú quien va a regresar, será quien yo decida. Entonces Ulises, voy a seguir tejiendo y destejiendo mortajas pero no la mía propia sino la de todos los que no me amaron.

El ruido es intolerable, aparece de pronto, como una caja de Pandora explotada en las manos. Ruido de escafandras, ruido de tenazas, demasiado ruido. Sabina truenas entre voces que recuerdan todos los recuerdos. Más triste que un torero al otro lado del telón de acero, así estoy yo. Esa es la verdad, ese es el hilo que quiere tejer historias con cartas jamás enviadas,

con viajes jamás viajados, con locuras inventadas y trastocadas de conciencia y entonces escribo:

Jabibi:

Me quedé impactada con el desierto del Sahara. Salimos muy temprano hacia el desierto en Land Rovers blancos cuatro por cuatro. Era todavía de noche, los autos iban desordenados, no había camino, había muchas estrellas. Luego de cuarenta y cinco minutos, vimos las dunas del Sahara. Allí nos esperaban los dromedarios. Nos subimos a ellos y emprendimos una caminata de otros cuarenta y cinco minutos. Nos guiaban unos simpáticos bereberes que hablaban algo de castellano. Todavía estaba oscuro pero ya empezaba a amanecer y las patas de los animales se hundían en la arena dorada. Hacía mucho frío. Al llegar a lo alto de una enorme duna, desmontamos y los guías nos extendieron unas mantas para que nos sentemos a esperar la salida del sol. Brahim, nuestro guía, se compadeció de nosotras y fue a buscar un poco de paja con la que hizo una pequeña fogata y nos puso en las manos arena caliente que sacó de debajo del fuego. Así nos calentamos un poco mientras el astro empezaba a asomar. Nunca sentí una arena tan suave, la sensación real de tener en mis manos la verdadera arena de un desierto casi me hace llorar. Es que es fácil escribir y "metaforear" sobre desiertos. Otra cosa es el desierto verdadero.

La gente va y viene, apurada, agobiada, hacen enormes filas en los mostradores de las líneas aéreas. Maletas, mochilas, gordos, gordas, flacos,

flacas, amarillos, negros, blancos, morenos. Luego las colas para pasar seguridad y después la comida que se hace chatarra en sus estómagos. Comen donde pueden, algunos de pie, otros en el suelo, los con suerte comen sentados con su plástico en las piernas y el vaso de refresco en el suelo. Ruido de comida, ruido de regurgitaciones, ruido de mordiscos, ruido de dientes. Es agobio. Quiero tener alas propias, salir de este laberinto de hormigas — hombres — mujeres — niños, quiero silencio.

Apenas salió el sol todo empezó a tomar color. Los ocre inundaban casi todo. El cielo oscuro se iba retirando dando paso por un breve instante al ocre más ocre que te puedas imaginar. Duró un instante nada más, luego el cielo fue azul, como siempre y las dunas de un dorado intenso. Al bajar hacia las jalmas, donde nos esperaban con un clásico té marroquí, la sombra que proyectaban nuestros dromedarios caminaba lentamente por las dunas del frente. Las sombras eran independientes, podrían haber seguido su propia ruta por el desierto.

- Passport, please.

Busco en mi mochila. No está donde debería estar. Hago memoria, pasé por migración, temblaba, no entendía lo que me preguntaban, luego puse mi cara frente a la cámara, mis dedos pulgares en un aparato. Finalmente, el sello de entrada. Guardé el pasaporte pero no está donde lo puse.

- Passport, please.

Empecé a sudar. Vacío mi mochila y el guardia se impacienta. No sé por qué me piden mi documento nuevamente, ya pasé lo peor y tengo que ir a mi puerta de salida para el vuelo de conexión. No lo encuentro, empieza nuevamente el temblor. El policía se impacienta y empieza a hablar cosas que no escucho, sólo busco desesperadamente el documento. Habla por su handy y aparecen dos más, mucho más grandes que el primero. Yo estoy en el suelo con todas mis cosas desparramadas. No atino a nada. Sólo sueño con estar en otra parte ahora mismo, chasquear mis dedos y que la pesadilla desaparezca. Respiro profundamente cuando uno de ellos me toma del brazo y me levanta con violencia. Vuelve mi memoria y siento en mi estómago una apretura y un sonar de intestinos. Finalmente recuerdo y busco en mi riñonera. Ahí está y lo entrego pálida, angustiada. Los tres hablan entre ellos mientras lo revisan. No entiendo, no escucho, me vuelvo ciega y después nada, otra vez la nada oscura.

Luego vimos un oasis de verdad. Los oasis son más hermosos que cualquier literatura. En verdad creo que son más hermosos aun porque son como grietas que de pronto se abren en medio del desierto. Grietas enormes llenas de árboles, agua y miles de palmeras datileras que se alzan gigantes y provocativas desafiando a las arenas. Me ha parecido una imagen absolutamente erótica. Me he estremecido. El oasis es como una grieta de vida. A orillas del oasis una jaima nos esperaba. Allí me senté en el suelo como una beduina obviamente occidental, una hippie, no una mujer islámica que no existe sino dentro de sus velos.

No se dónde estoy. Hay un olor extraño. La luz de neón en el techo me lastima. Trato de volver atrás. Supongo que me desmayé. Me levanto desesperada, no hay nadie, todo es gris. Busco mi mochila, mi riñonera, mi pasaporte. No hay nada. Veo una puerta y trato de salir. Está cerrada con llave, golpeo, nadie me escucha. No tengo noción del tiempo, no sé cómo llegué aquí, no tengo reloj, no tengo nada. Me siento derrotada en el suelo y empiezo a llorar. Finalmente, alguien abre la puerta.

Jabibi, yo he inundado tu desierto de jalmas y oasis, yo te he hecho datilera y agua. Tu cuerpo ha sido tu agua vertida por mi deseo. Yo soy tu hacedora, tu arquitecta e ingeniera. Yo he desarmado todos los relojes para regalarte el tiempo y regocijarte en él.

- ¿Señora, se siente usted mejor?

Es mi idioma, me levanto y la abrazo. Viste uniforme, es mujer, es grande, es gorda y me abraza con mucho cuidado, luego me aparta y me explica.

- Ha habido una confusión. Lo sentimos mucho. Nosotros nos encargaremos de embarcarla en el siguiente vuelo con destino a....

- ¿Dónde puedo fumar?

Me devuelven mis cosas. Salgo al calor sofocante de la calle, tengo que cruzar para fumar de pie entre dos calles, en una acera angosta.

Mein Schatz:

Hoy partimos a Praga. No sé por qué tengo el corazón apretado. El tren susurra, me arrulla, me voy durmiendo poco a poco. En el sueño me vienen los paisajes, las guerras, las invasiones, la maldad, la miseria humana. Los checos, lejanos y rubios. Mis puentes son literarios, Kafka y Kundera. Voy despertando. Informo a la Academia sobre mi anterior vida simiesca y tomo mi insoportable levedad al pisar el suelo checo. ¡Nada más llegar y somos estafadas por un taxista! Primera vez que siento en carne propia el desconcierto de estar en un país con un idioma que no se parece en nada al propio y totalmente burlada. En la noche nos vuelve a pasar lo mismo, pero Praga, Prahe nos ha cautivado y empiezo a enamorarme de la ciudad. Así deberían ser los amores a primera vista, primero el fraude, la estafa y luego el amor. Al revés es como sucede, por eso los desengaños.

El ruido es cada vez mayor, es insoportable, es asfixiante. Me ahogo con el olor de los autos y fumo un cigarrillo para sentir más profundamente el ahogo. Quiero hundirme en mi propio castigo, quiero sentir mis pulmones deshaciéndose en hoyos que traspasa el oxígeno y llega a la nada de mi cuerpo. Se me ahogan los ojos de ira. Tengo un nudo en la garganta y por mi boca sale fuego, rocas que ruedan empalizando, enterrando. El ruido no

cesa, estoy quedando sorda, quiero quedarme sorda. No puedo. Sigo fumando, me duele la cabeza.

Esta parece una tierra mágica (con qué yerbas me cautivas), hay algo que fluye desde el río Moldavia por debajo de las casas e impregna todo el ser de esta ciudad. Debe ser el agua, debe ser el río que se mueve casi imperceptiblemente y que, como casi todos los ríos, es caprichoso e inunda las vidas escapando por interminables sótanos.

Quiero recordar y no me acuerdo más que de la impotencia, ese muro que se levanta infranqueable frente a los ojos. Pienso en lo que pudo haber sucedido mientras estaba desmayada, en los ultrajes, en mi cuerpo siendo movido de un lugar a otro, en mis cosas violadas por manos con guantes de látex. No puedo soportar el no haber sabido, el haber estado muerta sin haberlo estado. No soporto imaginarme. No soporto, quiero alas, quiero huir, quiero volar. Prendo otro cigarrillo.

Dicen que en el antiguo cementerio judío hay como nueve niveles de tumbas hacia abajo y que la ciudad se ha ido construyendo a ese mismo ritmo, por eso los sótanos. La ciudad es caprichosa, todo está al capricho de sus habitantes que se han ido construyendo resistentes a todo. En la Plaza de la República, enfrente de la Torre del Reloj, hay una iglesia que no tiene frontis. Hacia mil doscientos y algo, cuando ésta tenía un hermoso atrio, volvieron los antiguos dueños del terreno sobre la plaza e hicieron su casa ahí mismo. Entonces para entrar a la iglesia se entra solamente por la puerta de su

hogar. Irreverencia, capricho y "yo hago lo que me da la gana sin concesiones".

No puedo pensar. Sólo quiero volver a chasquear los dedos, pero eso no es posible. Respiro, miro a los otros fumadores. Nadie me mira. Ya es tarde, el vuelo está por salir. Apago el cuarto cigarrillo, entro al aeropuerto y me saco los zapatos, el cinturón, la chaqueta. Tiro las monedas que traigo en el bolsillo en una caja plástica. Paso el detector de metales, recojo todo lo radiografiado menos mis zapatos, que quedan en una mesa sin que nadie los note. Camino descalza por largos pasillos. Voy dejando caer mi mochila, mi riñonera, mi saco, mi blusa, mi falda. La gente no me mira. Estoy desnuda y sigo andando hacia la salida 9F.

Mein Schatz, no tengo tuberculosis, no soy exilada. Sólo soy ésta que cruza el Karlova Most una y otra vez. Si pudiera volvería a Praga, volvería también al amor como a Venecia.

(Pide que tu camino sea largo, / que numerosas sean las mañanas / de verano en que arribes a bahías / nunca vistas, con ánimo gozoso. A Ítaca tenla siempre en la memoria. / Llegar allá es tu meta, / mas no apresures el regreso. C.C.)

FINAL



Como pelo anaranjado de China Supay, me pongo las botas pegadas hasta la mitad de mi pierna. Así salgo a la calle, con botas largas, de taco, pollerita corta y sin ropa interior. El cosquilleo me sube hasta la boca del estómago recorriendo mis caderas como el viento que sopla helado. Camino las calles, la gente me mira y la mezcla de vergüenza y de placer me lleva a la calle más empinada desde donde emprendo la carrera hacia abajo para tomar impulso para el vuelo.